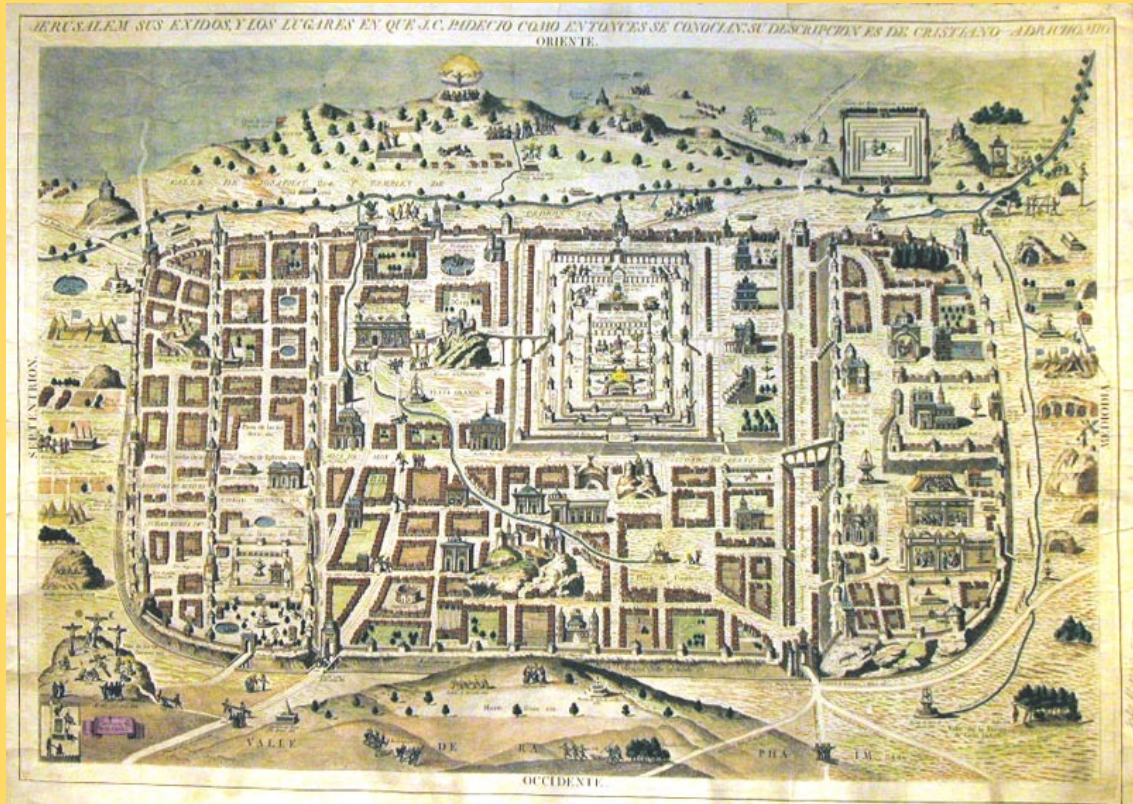


MANUEL ESPINAR MORENO

TEMA

CRUZADAS, ÓRDENES MILITARES,
UNIVERSIDADES Y CULTURA

(SIGLOS XI-XIII)



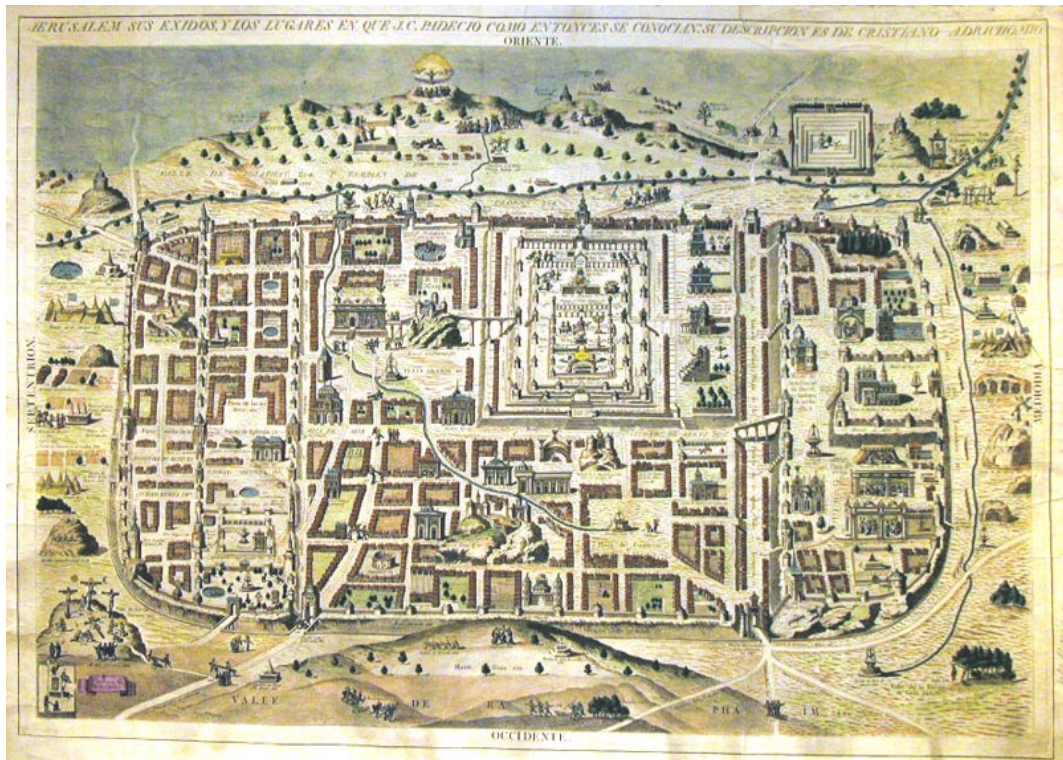
LIBROS **EPCCM**

GRANADA, 2020

MANUEL ESPINAR MORENO

TEMA

**CRUZADAS, ÓRDENES MILITARES,
UNIVERSIDADES Y CULTURA
(SIGLOS XI-XIII)**



LIBROS EPCCM
GRANADA, 2020

MANUEL ESPINAR MORENO

TEMA

**CRUZADAS, ÓRDENES MILITARES,
UNIVERSIDADES Y CULTURA**

(SIGLOS XI-XIII)



LIBROSEPCCM

Granada, 2020

Editor: Manuel Espinar Moreno

©HUM-165: Patrimonio, Cultura y Ciencias Medievales

Primera edición: 2020

Cruzadas, Órdenes militares, Universidades y Cultura (Siglos XI-XIII)

© Manuel Espinar Moreno

Diseño de cubierta: Manuel Espinar Moreno.

Motivo de cubierta: Escribanos medievales y página de manuscrito sacadas de internet.

Maquetación: Manuel Espinar Moreno

Anexo a la Revista: EPCCM. ISSN: 1575- 3840, ISSN: e-2341-3549. Digibug
<http://hdl.handle.net/10481/>

Edición del Grupo de Investigación HUM-165: Patrimonio, Cultura y Ciencias Medievales. Colaboración del Centro: “Manuel Espinar Moreno”, Centro Documental del Marquesado del Cenete y Departamento Historia Medieval y CCTTHH (Universidad de Granada)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos. www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



© 2018 DOAJ.

The DOAJ site and its metadata are licensed under CC BY-SA

EXPANSIÓN RELIGIOSA Y CULTURAL DE LA IGLESIA DEL SIGLO XI AL XIII. LAS CRUZADAS

El belicismo de la sociedad feudal y el entusiasmo religioso de la Iglesia Católica propio de la época se manifiesta no sólo a través de una gran actividad misionera dentro y fuera de Europa, sino también por unas cruzadas o "guerras santas" de conquista dirigidas contra países musulmanes. La Cruzada, como dice Paul Rousset, no sólo fue un acontecimiento capital de la Edad Media, sino también una muestra clara de unidad efímera de Europa y la expresión de las ambiciones y furores de los países de Occidente. La idea de Cruzada, a la vez pacífica y bélica, realizó la unión en Occidente y acentuó la división entre Roma y Bizancio. Para los cronistas de la época, la expedición a Tierra Santa no fue una obra humana, sino divina, precedida, para muchos, con prodigiosas manifestaciones cósmicas. En el período anterior la evangelización del continente europeo había penetrado hasta la Escandinavia; durante estos siglos, además de los eslavos, se convierten al Cristianismo los vendos, pomerianos, prusianos y la mayor parte de los pueblos léticos y fineses, con lo que quedaba sustancialmente terminada la conversión de nuestro continente. En Oriente ya habían trabajado con gran celo los misioneros nestorianos, sobre todo en la China y en la India; ahora, a partir del siglo XIII, a causa de las incursiones y conquistas de los tártaros y mongoles que amenazaban destruir al Cristianismo, los occidentales también intentaron evangelizar las regiones paganas del Asia. Inocencio IV envió expediciones de franciscanos y dominicos (Piano di Carpini, Montecorvino, etc.) a los mongoles para atraerlos a la verdadera fe, obteniendo éxito, pero más tarde (1638) con la destrucción de este imperio amarillo desaparecieron las misiones. En el norte de África franciscanos (Raimundo Lulio) y dominicos también intentaron la conversión de los musulmanes, pero la tarea fue muy difícil y peligrosa, ya que la ley mahometana prohibía toda propaganda religiosa entre sus fieles.

Las Cruzadas constituyeron, con las luchas entre el Pontificado y el Imperio, el acontecimiento más importante de la historia religiosa de la edad media. El concepto de Cruzada en sentido lato es, cruzada es toda expedición emprendida por los cristianos contra los infieles. Este concepto abarca: las luchas de los cristianos contra los musulmanes de Palestina y de África, contra los moros de España, contra los albigenses, contra los paganos de las orillas del Báltico, etc. En sentido estricto, las cruzadas son las expediciones oficiales que emprendieron los cristianos de Occidente, bajo los auspicios de la Santa Sede, para liberar los Santos Lugares del dominio de los musulmanes y para defender, una vez establecido, el reino cristiano de Jerusalén. La palabra cruzada proviene de que los expedicionarios llevaban una

pequeña cruz de tela roja sobre el hombro derecho. Esta cruz equivalía a un voto que se hacía bajo juramento; era el sello de la Pasión del Salvador.

Las Cruzadas: Precedentes y causas que las motivaron.

Desde mediados del siglo XI la cristiandad se había lanzado en una ofensiva contra el Islam en España y en Sicilia donde se había creado un reino normando vasallo y aliado de la Santa Sede. Por otro lado, la victoria del Pontificado en su obra de reforma y la imposición de una conciencia de unidad en toda la cristiandad, colocó a los papas a la cabeza de un vasto movimiento de expansión canalizando el espíritu bélico hacia la reconquista de los Santos Lugares. Así se organizaron una serie de Cruzadas o expediciones militares de los cristianos occidentales, promovidas y patrocinadas por la Iglesia, para luchar contra los enemigos de la Cruz y más concretamente para rescatar de manos de los musulmanes el Santo Sepulcro y después defender el reino de Jerusalén.

Distinta que la dividida Europa feudal, desconocedora aún del patriotismo nacional, era la gran "nación" de la Cristiandad con una conciencia suficiente para distinguir entre sus fieles y los extranjeros o infieles y única en disposición, desde fines del siglo XI, de encauzar y dirigir con el Papado estas empresas guerreras.

Las cruzadas han sido definidas como defensa de la Europa eristiana contra los infieles y como la más típica expresión del espíritu medieval en su combinación de piedad e inclinación a la lucha, de amor a la aventura, de devoción a un alto ideal y de ferocidad brutal.

Desde el siglo VIII España estaba en constante lucha contra el Islam, si bien hasta la toma de Toledo (1085) el rey castellano no contó con la influencia del Pontificado y con la ayuda de los caballeros franceses. Para algunos esta hazaña podría constituir la primera Cruzada. Por aquellos años las ciudades de Génova y Pisa, animadas por el mismo entusiasmo religioso unido a un interés comercial emprendían unos ataques contra los musulmanes del norte de África (1087), de acuerdo también con el Papa, y los aventureros normandos, ya cristianizados, arrojaban del sur de Italia y de Sicilia a los bizantinos y mahometanos formando el reino de las Dos Sicilias que hacían vasallo de la Santa Sede, quedando el Mediterráneo central como un mar cristiano. No obstante, las expediciones que han recibido el nombre típico de Cruzadas, son las ocho grandes empresas promovidas para rescatar y defender los Santos Lugares que ocupan desde el final del siglo XI hasta la segunda mitad del siglo XIII.

Es indudable que el impulso principal que motivaron estas Cruzadas fue el religioso. A fines del siglo XI comenzaba a predominar lo espiritual sobre lo temporal en una Europa fuerte y bien armada. Mientras Jerusalén pudo ser libremente visitada por los peregrinos cristianos, no hubo en Occidente más que aspiraciones platónicas para poseer la Tierra Santa, pero cuando los intransigentes y fanáticos turcos seldjúcidas se apoderaron de gran parte del Asia Menor y de Jerusalén, las dificultades aumentaron y los cristianos allí instalados sufrieron frecuentemente vejaciones, interrumpiéndose las peregrinaciones pacíficas. Otro factor importante que movieron estas empresas fue el caballeresco. Al barón o al caballero de esta época acostumbrado al manejo de las armas como sus antepasados, las Cruzadas le ofrecían un medio de hacer la guerra y la posibilidad de combatir la injusticia, de castigar a los opresores de Cristo y de proteger al débil peregrino desarmado.

Las causas de las Cruzadas y el movimiento de las mismas, obedeció a causas religiosas, sociales y políticas. Las causas religiosas fueron las que más intensamente penetraron en las imaginaciones de los hombres del siglo XI: a) reconquistar los santos Lugares y, sobre todo, el Santo Sepulcro, arrojando de Palestina a los turcos seldjúcidas, que, con su fanatismo anticristiano, maltrataban a los peregrinos que visitaban los Santos Lugares, y b) La vuelta de los griegos cismáticos al seno de la Iglesia.

Las causas sociales responden a la necesidad de ocupar en empresas exteriores el ardor bélico de los señores feudales, quienes apenas si eran contenidos por la institución de la Tregua de Dios. En las causas políticas tenemos que había que proteger la civilización cristiana de Occidente, amenazada en oriente por los turcos seldjúcidas, y en Occidente, por los musulmanes de España.

Las transformaciones etnográficas, en la europa oriental –los eslavos, búlgaros, húngaros, etc.-, rodeaban por el norte y oeste al imperio bizantino, debilitaron extraordinariamente al Imperio de Oriente, hasta el punto de no disponer de fuerza suficiente para resistir, en Asia, a los musulmanes. Por eso las Cruzadas, más que ofensivas, han sido, en realidad, defensivas. Los papas se dieron perfecta cuenta del peligro que representaba para los occidentales la caída en poder de los turcos, del Imperio de Constantinopla. De ahí el enorme interés que pusieron en la organización y realización de las Cruzadas.

Las Cruzadas no tuvieron todas el mismo carácter: 1°. En el comienzo fueron eminentemente populares, el entusiasmo religioso arrojó hacia Palestina a naciones enteras. Ante la imposibilidad de allegar navíos para tanta gente, los cruzados siguieron la ruta terrestre. 2°. Habiendo decaído el entusiasmo de las masas, sólo la

aristocracia tomó parte en las Cruzadas, siguiendo casi siempre la ruta marítima. 3º. Carecieron de espontaneidad popular y aun feudal. Fueron meras expediciones organizadas y realizadas por la monarquía francesa.

Cuéntanse ordinariamente ocho Cruzadas orientales, entre 1095 y 1270. Fueron ya nacionales, ya generales, porque a veces una sola nación realizó la Cruzada y, otras veces, colaboraron varias naciones.

La ofensiva turca y la primera Cruzada.

Desde los tiempos primitivos de la Iglesia, los cristianos visitaron los Santos Lugares de Palestina, llamados así por haber sido santificados con la vida y muerte de Jesús. Después de la conquista de Palestina por los árabes (637), el califa Omar no inquietó la devoción de los peregrinos, conformándose con imponerles un tributo. La dinastía de los fatimitas, que se apoderó de Palestina y Egipto (siglo X), comenzó a perseguir cruelmente a los cristianos y peregrinos.

En 1076 los turcos entraron en Jerusalén, cometiendo contra los cristianos actos inauditos de violencia y crueldad. El Pontífice Gregorio VII, en el apogeo de su poder, concibió la idea de arrastrar a la Europa cristiana para rescatar los Santos Lugares de manos de los musulmanes. Esta idea fue realizada por uno de sus sucesores, Urbano II, quien al finalizar el siglo XI predicó la cruzada, enardeciendo los ánimos de los cristianos y provocando en Europa un movimiento que había de continuarse durante dos siglos.

El Imperio bizantino a mediados del siglo XI vivía un período de anarquía, al mismo tiempo que *servios*, *búlgaros* y *pechenegos* presionaban en sus fronteras. Antes los pueblos turcos, insaciables guerreros de las estepas, descendientes de grupos mongólicos, se habían adueñado de los dos Turkestanes y de los accesos al Irán, lo que les permitió expansionarse por el Próximo Oriente. Uno de los grandes príncipes seldjucíes, Toghrul-beg (1037-1063), después de apoderarse del Khorasán, conquistó Persia (1051) y de allí por el Kars, Armenia y Azerbaidjan estableció contacto con los bizantinos. Proclamado califa al adueñarse de Bagdad (1055), él y sus sucesores, en su insaciable sed de conquistas, asaltaron la Anatolia (victoria de Manzikert, 1071), saquearon los ricos emporios de las costas del mar Negro y del Egeo y se apoderaron de Siria y Palestina. Damasco fue sometida (1075) y Jerusalén tomada (1078) a los califas fatimíes del Cairo. Alejo I Comneno (1081-1118) ante esta amenaza pide auxilio al papa Urbano II que se encontraba presidiendo el Concilio de Piacenza (1091), forjándose entonces la idea de la cruzada, en la que tuvo gran parte Adhemar de Monteil, obispo de Puy, que había estado en Palestina como peregrino. Afortunadamente para los cristianos, el

territorio seldjuicé se fraccionaba en multitud de señoríos, facilitando la empresa de los cruzados.

La Primera Cruzada (1095-1099) se debió: 1º.- al llamamiento hecho al Pontífice Urbano II por el emperador de oriente o de Bizancio, Alejo Comneno, contra los turcos que acampaban junto a los muros de Constantinopla. 2º. A la predicación de Pedro el Ermitaño, que había visitado los Santos Lugares y había sido testigo de las vejaciones sufridas por los peregrinos. Por ello El Papa Urbano II predicó la Cruzada en el Concilio de Clermont-Ferrand (1095), al cual asistieron 264 obispos y 400 abades. La muchedumbre prorrumpió con el grito de ¡Dios lo quiere!, muchos se alistaron para ir a liberar los Santos Lugares o Tierra Santa. Urbano II concedió una indulgencia plenaria a los que tomasen parte en la Cruzada y excomulgaba a las personas que durante su ausencia se apoderara de sus bienes y propiedades y se atrevieran a molestar a las esposas e hijos de los cruzados.

En la primera Cruzada se unieron con sinceridad y desinterés las muchedumbres animadas por un intenso ardor religioso y espíritu caballeresco que buscaban lejos de su patria y apartadas de sus intereses la defensa de una idea y el cumplimiento de un deber peligroso. En las demás expediciones se mezclaron también elementos más impuros y egoístas, ya sean políticos, religiosos o económicos que la mayor parte de las veces esterilizaron sus esfuerzos. Los príncipes cristianos por ambición desviaban el primitivo objetivo hacia lugares de más fácil conquista y lucro, los mercaderes creían que las Cruzadas abrirían los caminos de Oriente y nuevos medios de ganancia, los arruinados por la guerra, el hambre o la opresión veían en estas empresas un medio de evadirse de las dificultades que les rodeaban y un horizonte de mejora, mientras otros se alistaban a ellas con el remordimiento de los pecados cometidos para satisfacer a la justicia Divina y lucrarse de las indulgencias concedidas por los papas, y todos, con su lema "Dios lo quiere", encontraban en sus viajes y fatigas la bendición de la Iglesia.

Partieron a Tierra Santa bandas irregulares conducidas por Pedro el Ermitaño, Gualterio sin Hacienda, etc. Marchaban sin viveres y casi sin armas, unos 18.000 labriegos, mendigos, aventureros fanatizados por las predicaciones enardecidas del Ermitaño.

Ya dijimos que sólo el Pontífice romano que entonces gozaba de un prestigio universal podía coaligar las imponentes fuerzas que se necesitaban para tan gran empresa. Cuando Urbano II consideró llegado el momento favorable para lanzar la idea de la Cruzada, reunió el gran sínodo de Clermont Ferrand (1095), donde pronuncia un ardoroso discurso en pro de una expedición contra los infieles. El entusiasmo fue inmenso y a sus encendidas y elocuentes palabras respondieron los

prelados, los caballeros y la gran masa del pueblo con el grito de "Dios lo quiere" que fue el santo y seña de los cruzados que llevaban como distintivo una cruz roja de paño cosida sobre el hombro derecho. Muchos príncipes se alistaron inmediatamente al lado del legado pontificio, prometiéndose la protección de la Iglesia a la familia y bienes de los cruzados, el perdón de los pecados a los que murieran en la lucha y amenazándose con la excomunión a los que molestasen a los que se alistaban o perjudicasen a sus familias.

Sin esperar a los caballeros, un exaltado predicador y visionario anárquico, Pedro de Amiens, *el Ermitaño*, había conseguido electrizar a las masas populares de Francia y Alemania, y bandas de vagabundos y campesinos de buena fe, en número de 18.000, emprenden el camino en tropel hacia Tierra Santa, acaudillados por el pequeño ermitaño y Gualterio *sin Bienes* (1096). En el camino cometieron numerosos atropellos, especialmente entre los judíos, y muchos perecieron en él. Desde Constantinopla pasaron al Asia Menor sin disciplina y en las inmediaciones de Nicea fueron destrozados por los turcos, regresando Pedro a la capital bizantina con los supervivientes.

En tanto la Iglesia, con el legado papal al frente, el obispo Ademar, organizaba la cruzada oficial a la que acudieron muchos señores feudales que se agruparon en cuatro naciones o lenguas con sus correspondientes vasallos: franceses del Norte y flamencos, con Godofredo de Bouillon y Balduino, conde de Boulogne; italianos y normandos, dirigidos por Bohemundo de Tarento y su sobrino Tancredo; franceses del Sur, con Raimundo, conde de Tolosa, y franceses del centro, con Hugo de Vermandois, Roberto Courteheuse de Normandía, Esteban de Blois, Roberto de Flandes y otros. El ejército expedicionario era típicamente feudal y estaba integrado por unidades autónomas mandadas por nobles deseosos de conquistar dominios personales.

Después de reunirse todos los ejércitos en Constantinopla se firmó un pacto con Alejo I, en virtud del cual éste se comprometía a facilitarles todo lo necesario a condición de que le prestaran una especie de homenaje ("filización") por las tierras que conquistaran a los turcos. En Asia Menor, los cruzados se apoderaban de Nicea (1097) y un mes después derrotaban a los turcos en Dorilea, lo que permitió ocupar Iconio y llegar a Cilicia, en donde se unieron a los cruzados los cristianos armenios vasallos de los turcos, que allí vivían. Aquí se separó Balduino de Boulogne, que, adoptado por el príncipe de Edesa, acabó por convertirse en señor de esta ciudad (1098). Las dificultades aumentaron al otro lado del Tauro, no sólo por la resistencia enemiga, sino también por las rencillas entre los caballeros, sobre todo entre Bohemundo de Sicilia y Balduino de Flandes. Tomada Antioquía, fueron sitiados, pero consiguieron romper el cerco (1098). Después de un asedio de mes y medio,

conquistaban a los fatimitas de Egipto, Jerusalén (1099), tras una terrible matanza de musulmanes de todos los sexos y edades. Esta orgía de fanatismo puso de relieve el contraste medieval de piedad y fiereza llevado a sus extremos por los cruzados.

Como consecuencia de esta victoria se fundaron el reino cristiano de Jerusalén, cuyo gobierno dieron al noble lorenés Godofredo Bouillón, quien en 1099 asumió el título de "Protector del Santo Sepulcro", pero al sucederle su hermano Balduino (1100-1118), éste adoptó la dignidad real, siendo por tanto el fundador del reino de Jerusalén, que aunque efectivamente sólo duró un siglo, teóricamente perduró hasta tiempos modernos vinculado a las casas de Anjou y Aragón. Comprendía éste Palestina y eran feudatarios suyos: el Condado de Edesa, que fue concedido a Balduino de Flandes, el Principado de Antioquía, que se entregó a Bohemundo y el Condado de Trípoli, que, fundado más tarde, fue otorgado a Raimundo de Tolosa, los cuales actuaron de barrera contra los musulmanes. El elemento francés dominante trasplantó a estos Estados la organización feudal occidental, construyendo castillos al estilo de su patria.

Balduino I consiguió dar a su reino de Jerusalén una fachada marítima al conquistar San Juan de Acre, Sidón y Beirut y al vencer a los egipcios en la batalla de Ramlah (1105). Atraídos por el comercio lucrativo, acudieron entonces muchos genoveses y venecianos que se convirtieron en magníficos auxiliares, ya que, al controlar las rutas marítimas, aseguraban la llegada de refuerzos, una vez cerradas las terrestres por los turcos. Tuvo también habilidad para poner paz entre los Estados cristianos de Siria y, después, uniéndolos para luchar contra el atabek de Mosul (1111) y para rechazar un ejército turco enviado desde Persia (1115).

Así pues, la Primera Cruzada nos hace ver cómo hay que dividirla en dos partes. La primera, o Cruzada popular, del invierno de 1095. Partieron a Tierra Santa bandas irregulares conducidas por Pedro el Ermitaño, Gualterio Sin Hacienda y otros. El resultado fue que la mayor parte de sus componentes perecieron miserablemente antes de llegar a Nicea, en Asia Menor, diezmados por el hambre y por los turcos. Muy pocos de aquellos cruzados llegaron a Jerusalén. La segunda, o Cruzada regular del verano de 1096, nos permite ver cómo se formaron cuatro ejércitos, que siguieron itinerarios distintos. Los cruzados, en número de 600.000, iban al mando de Godofredo de Bullon, el conde Raimundo de Tolosa, Roberto de Flandes, etc. El legado pontificio era Aldemar de Puy. Ni Enrique IV ni el rey de Francia podían tomar parte en la Cruzada por estar excomulgados por el Papa Urbano II. En cambio, dos príncipes normandos de Italia, Bohemundo y Tancredo, formaron parte de ella. Los cruzados se reunieron en Constantinopla a finales del año 1096.

Los hechos que se llevaron a cabo nos permiten ver como se realizó la toma de Nicea después de un mes de sitio (1097). Se derrotó al ejército de Solimán en Dorilea (1097), Se conquistaron las ciudades de Edesa y Antioquía (1098) y por fin se conquistó la ciudad de Jerusalén el 15 de julio de 1099, al cabo de cinco semanas de haberse formalizado el cerco. Los soldados de la Cruzada vencieron al ejército egipcio en Ascalon y organizaron el reino de Jerusalén, siendo nombrado Godofredo de Bullon jefe de los territorios conquistados. Rehusó el título de rey, llamándose defensor del Santo Sepulcro. El reino de Jerusalén quedó constituido en forma de monarquía feudal, dividiéndose en grandes feudos que dependían del rey de Jerusalén. Las Órdenes militares de monjes soldados entre ellas los Hospitalarios, Templarios y Caballeros teutónicos se establecieron en Palestina, para proteger a los peregrinos.

Las Cruzadas del siglo XII.

La segunda Cruzada (1147-1149) se produjo porque se había producido con la pérdida de Edesa (1114), de la que se apoderaron los turcos, que comprometía la suerte de Antioquía y Jerusalén. La liberación de los Santos Lugares significaba el triunfo y el apogeo de la Cristiandad. La que fue perseguida, impone ahora su ley y ataca, pero los establecimientos cristianos en Tierra Santa son débiles. y es preciso renovar constantemente las Cruzadas para defenderlos. Balduino II, anteriormente señor de Edesa, había conseguido hasta 1130 mantener el frente unido contra los atabeks de Mosul, pero éstos comenzaron a propugnar la unión de todos los musulmanes para expulsar a los cristianos de Siria y hubo necesidad de solicitar nuevos socorros a los cruzados. A la primera expedición siguieron otras, pero ya no se distingue bien lo que es Cruzada de lo que es peregrinaje. Unas serán nacionales, otras predicadas por Roma y hasta alguna irá conducida por soberanos excomulgados. Las Cruzadas tienden a cambiar de carácter y cada vez se acercan más a expediciones de tipo colonial, olvidando sus componentes el odio al Islam. La preponderancia de estos estallidos latinos en Oriente duró poco y tras un corto período de equilibrio, los musulmanes se unen y comienzan a reconquistar el territorio perdido, lo que motivó la segunda y tercera Cruzadas en las que se obtuvieron escasos resultados positivos. El sultán Zenkis de Mossul y su sucesor, Nur ed-Din se apoderan del condado de Edesa (1144) y amenazan Jerusalén, siendo dificultado su avance por los esfuerzos de Juan Comneno desde el Norte y de Fulco el Rojo desde el Sur. Esto produce gran emoción en Europa y el insigne San Bernardo, abad de Clairvaux, predica la segunda Cruzada y consigue reunir en esta empresa a los dos mayores poderes de la Cristiandad Occidental: la Alemania de Conrado III y la Francia de Luis VII, en total un ejército de 150.000 hombres (1147-49). La falta de servicios y de coordinación de esfuerzos, así como las muchas peripecias y discusiones, les llevó al fracaso y cuando acordaron poner sitio a

Damasco, llave de comunicaciones, ya era tarde y tuvieron que regresar sin tomar la plaza (1148). Nur ed-Din continuó la ofensiva y conquistó Damasco (1154), unificando así toda Siria. Reducido a sus propias fuerzas, el rey Balduino III, buscó la alianza de Manuel Comneno sin resultados positivos.

Por tanto, la segunda Cruzada la predicó san Bernardo (1146), abad de Claraval, por encargo del Pontífice Eugenio III. La dirigieron Conrado III de Alemania y Luis VII de Francia (1147). Conrado III, con un ejército de más de 100.000 hombres, siguió la ruta del Danubio y llegó a Constantinopla. Por la perfidia de los griegos perdió la mayor parte de su ejército; este fue acosado por los turcos y diezmado por el hambre y las enfermedades en los desiertos de Asia Menor (1147-1148). Luis VII fue sorprendido por los turcos en el litoral y casi cayó prisionero de los infieles. Ambos príncipes se reunieron en Jerusalén pero fracasaron en el sitio de la ciudad de Damasco). El resultado de la segunda Cruzada fue un fracaso completo, los cruzados regresaron a sus países sin haber conseguido nada.

La tercera Cruzada (1187-1192). Se llevó a cabo porque Saladino, antiguo general del sultán de Damasco, después de apoderarse de Egipto, Siria y Mesopotamia (1171-1184), derrotó e hizo prisionero en la batalla de Tiberiades (1187) a Guido de Lusignan, rey de Jerusalén. Poco después entraba triunfalmente en esta ciudad (1187). Los cristianos sólo conservaron en su poder las ciudades de Tiro, Tripoli y Antioquía. Predicó la Cruzada en 1189 Guillermo, arzobispo de Tiro. Pusiéronse al frente de la expedición los reyes más poderosos de Europa: el emperador de Alemania, Federico Barbarroja; el rey de Francia, Felipe Augusto, y el rey de Inglaterra, Ricardo Corazón de León (1189).

Los hechos llevados a cabo son los siguientes. Federico Barbarroja partió el primero, siguiendo la ruta terrestre. Venció a los turcos en Iconio, pero pereció ahogado en 1190 al intentar atravesar a nado el río Selef, o antiguo Cidno, en Cilicia. Por su parte Ricardo I Corazón de León y Felipe Augusto siguieron la ruta marítima. El rey inglés se apoderó de la isla de Chipre y se la dio a Guy de Lusignan. Luego se reunió con Felipe Augusto ante los muros de Tolemaida (San Juan de Acre). Después de conquistar esta plaza (1191) se acentuaron las discordias entre ambos soberanos. Felipe Augusto regresó a Francia en 1192. Ricardo Corazón de León permaneció en Palestina durante dos años; venció a Saladino en dos batallas, pero al tener noticia de que contra él fraguaban Felipe Augusto y su hermano Juan Sin Tierra decidió regresar a su reino (1192). El resultado fue que antes de abandonar Palestina, Ricardo concertó un tratado con Saladino, por el que obtuvo parte de la costa de Palestina, con San Juan de Acre por capital; se aseguraba además la libertad a los peregrinos para visitar los Santos Lugares, pero Jerusalén quedaba en manos de los musulmanes. Por ello Lusignan, desposeído rey de

Jerusalén, que recibió de Ricardo Corazón de León la isla de Chipre, inició en esa isla la dinastía que llevó su nombre, la cual subsistió durante mucho tiempo, siendo una avanzada de la civilización francesa en Oriente.

A la muerte de Saladino (1194) se fraccionaron sus Estados, siendo patente las muestras de su debilidad. Muchas ciudades de Palestina fueron reconquistadas por un puñado de cruzados alemanes. La ocasión de apoderarse de Jerusalén era, pues muy favorable en estas circunstancias.

Por todo ello podemos decir que después de veinticinco años de calma, se abrió para la Siria latina un nuevo período crítico a causa de la disputa entre musulmanes y cristianos para ganarse la influencia de los califas fatimíes del país del Nilo. Decidida a favor de los primeros y nombrado visir del califa el gran estadista Salhed-Din Yusuf (Saladino), este audaz guerrero ocupó Egipto después de asesinar al fatimí, y muerto el sultán Nur ed-Din (Norandino), del emirato de Mosul, pudo reunir tras su persona al Islam desde Túnez a Mesopotamia. Predicó una contracruzada y, a impulsos de ella, los exaltados musulmanes derrotaron a los Templarios en Hattin (1187) y en Tiberíades a Guido de Lusiñán (1186-1192), rey jerosolimitano, que con el maestre del Temple, fueron hechos prisioneros. Esta decisiva victoria dio a Saladino, con otras varias plazas, la de Jerusalén (1187), donde quitó la Cruz del templo y mandó purificar las mezquitas. Sólo Antioquía, Trípoli y Tiro pudieron salvarse de este desastre.

Este hecho produjo una gran consternación en Occidente y como resultado de ella se hizo un último gran esfuerzo colectivo para organizar una tercera Cruzada bajo la guía de la Iglesia (1189-92). Al llamamiento de los papas, la Europa occidental se puso de nuevo en pie y Federico I Barbarroja, primero, y después de deponer sus querellas, Ricardo I Corazón de León y Felipe II Augusto, también revisten la cruz y empuñan la espada seguidos por la nobleza.

Los primeros que toman el camino del Danubio son unos cien mil soldados veteranos alemanes bien armados, que por la fuerza se abren paso a través del Imperio Bizantino. En Asia esta lucida tropa fue diezmada y después de derrotar al sultán de Iconio, el emperador, al atravesar el río Salef (Cydnus), muere víctima de una congestión (1190), disgregándose su ejército. Su hijo Federico de Suabia se reunió con algunas fuerzas a Ricardo I y Felipe II en el sitio de Acre, donde murió a su vez (1191).

Los cruzados de Inglaterra y Francia llegaron por vía marítima y pronto comenzaron las rivalidades entre sus reyes. Ricardo I conquistó Chipre ante la hostilidad bizantina y fue a San Juan de Acre, sitiada por los cruzados, que la tomaron (1191).

Felipe II, celoso de su antagonista, ordenó el regreso a Francia. Continuó la empresa Ricardo, que vence a Saladino en el palmeral de Arsuf y reconquista los puertos de Cesarea, Jaffa y Ascalón (1192). No pudiendo resolverse el pleito por la fuerza, Ricardo I firmó una tregua de tres años con Saladino, en virtud de la cual los cristianos conservaban las costas y podían visitar en pequeños grupos y desarmados el Santo Sepulcro (1192).

Esta Cruzada, aparte de ser una derrota moral, acentuó la rivalidad entre Bizancio y Occidente, así como entre Francia e Inglaterra, abriendo, también, una nueva crisis en la historia de Italia y Alemania. Ricardo I, antes de regresar a su país, donó a Guido de Lusinián la isla de Chipre, que desde entonces sirvió de refugio a la realeza de Jerusalén.

La cuarta Cruzada y la fundación del Imperio latino de Oriente.

Al subir al solio pontificio el gran Inocencio III (1198) mandó a sus legados predicar una gran cruzada aprovechando la tregua obtenida entre Francia e Inglaterra y la división y luchas entre los hijos de Saladino. Faltos de fervor místico, nobles y caballeros, revistieron la Cruz en esta ocasión, con el deseo y la esperanza de hacerse con un feudo dondequiera que fuese. Se eligió como jefe a Teobaldo de Champaña y la meta señalada fue Egipto, principal enemigo de la fe.

Así pues, la cuarta Cruzada (1199-1204), comenzaba cuando el Papa Inocencio III mandó predicar la Cruzada a su legado Pedro de Capua y a Fulco de Neuilly. La dirigieron Balduino de Flandes y Bonifacio de Monferrato. Tomaron parte en ella muchos caballeros franceses, pero ningún monarca (1199). Los hechos fueron que la cruzada que tenía que dirigirse a Egipto, fue desviada por los venecianos en provecho propio. Los cruzados habían concertado con Venecia (1201) que esta república les transportara a Oriente en sus naves mediante una retribución económica. Como los cruzados no pudieron pagar inmediatamente la suma estipulada, propúsoles Venecia, a cambio del transporte, que le ayudaran a reconquistar la plaza de Zara, de la que se habían apoderado los húngaros. Aceptaron los cruzados esta propuesta, a pesar de la oposición del legado pontificio.

Los hechos nos hacen ver como se conquistó la ciudad de Zara, y los cruzados invernaron en esta plaza. Otro incidente distrajo también la atención de los cruzados: Alejo el Joven, hijo de Isaac el Ángel, les propuso (1203), mediante una crecida suma de dinero, que acudieran a reponer en el trono de Constantinopla a su padre Isaac, destronado por su hermano, Alejo III. Los cruzados se dirigieron a Constantinopla, tomaron esta ciudad por asalto (1204) y repusieron en el trono a

Isaac el Ángel. Destronado este por una nueva sublevación y descontentos los cruzados porque no se les había entregado la suma convenida, sitiaron a Constantinopla y la tomaron saqueándola ignominiosamente (1204). El resultado fue la fundación de un Imperio latino en Constantinopla (1204). El régimen feudal se estableció sobre las ruinas del Imperio bizantino. Balduino de Flandes fue elegido emperador. Este Imperio Latino, atacado en el norte por los feroces búlgaros y minado en el interior por la hostilidad de los griegos, no duró más de medio siglo (1204-1261).

Así pues, siendo empresa marítima y necesitando naves, Venecia se comprometió a transportar a los cruzados y a mantenerlos durante nueve meses mediante el pago de 85.000 marcos de plata (pacto de abril de 1201). Embarcados éstos, el dux Enrique Dándolo, anuló la autoridad del nuevo jefe Bonifacio de Montferrato y como no podían satisfacer la suma convenida, en compensación les llevó a la conquista de Zara, puerto dálmata húngaro, cuyo comercio molestaba a los venecianos (1202). Entonces los cruzados, atendiendo a diferentes motivos, como una supuesta confabulación entre el emperador Felipe de Suabia y Bonifacio de Montferrato, o al deseo veneciano de vengarse de Bizancio por un desplazamiento de sus intereses en favor de rivales italianos, y, sobre todo, porque entonces fue cuando se presentó la ocasión (*occasio premeditato*) de atacar a los bizantinos a quienes se les culpaba de ser causa de todos los males que afligían a la cristiandad, así, y, a pesar de estar excomulgados los venecianos, en vez de ir contra el Islam, se encaminaron a Constantinopla, tomando partido por Isaac II Ángel, protector de los venecianos, que había sido depuesto por su hermano Alejo III. Esta capital fue tomada por asalto (1203) y habiendo huido el usurpador con el tesoro imperial, fueron restablecidos en el trono Isaac II y su hijo Alejo IV, cuñado de Felipe de Suabia, como coemperador. Los bizantinos no pueden pagar a los cruzados y esta situación se complica con una revolución del partido nacionalista, que tras asesinar a Alejo IV, expulsa a los francos de Bizancio. Ahora tienen que luchar los venecianos contra dos nuevos pretendientes, Alejo V Ducas y Teodoro Laskaris, pero los cruzados, con mayores fuerzas, se imponen y de nuevo la ciudad del Bósforo era tomada y saqueada horriblemente, fundándose el Imperio latino de Constantinopla (1204-1261), cuyo primer emperador fue Balduino de Flandes. Venecia recibió Albania, Adrianópolis y varias islas del Egeo, y además, evitó la realización del objetivo de la cruzada que hubiese perturbado sus relaciones mercantiles con Egipto. Grecia se repartió a estilo feudal entre los hambrientos caballeros francos y Bonifacio de Montferrato fue hecho rey de Tesalónica. Sólo se salvó algo de Bizancio en Nicea, donde se refugió la dinastía fundada por Teodoro Laskaris. Esta cruzada, movilizada para combatir el Islam, acabó con la destrucción del único imperio cristiano capaz de defender a Europa contra los turcos y la feudalización. La expedición había escapado de las fuertes manos de Inocencio III

y sirvió para afirmar el predominio comercial veneciano hasta la segunda mitad del XIII.

Las últimas cruzadas del siglo XIII.

Aparte de la constante cruzada hispánica, de matiz religioso, que en estas mismas centurias lucha por la fe contra el fanatismo musulmán de los invasores africanos (almorávides y almohades), existió una infantil de ambos sexos, según nos revela el cronista Alberto de Trois Fontaines, entre la cuarta y la quinta (1212), que nos prueba, no sólo lo viva que estaba la idea de cruzada en el alma de las gentes, sino también la desorganización medieval. La expedición terminó trágicamente y muy pocos pudieron cumplir su voto de luchar en Tierra Santa, ya que la mayoría de estos adolescentes fueron vendidos como esclavos en Alejandría.

Dada la crítica situación de los Estados latinos de Siria, Inocencio III, en el Concilio de Letrán (1215), reclamó a la Cristiandad la necesidad de tomar las armas "para librar la batalla de Dios y vengar la injuria a la Cruz", y allí se aprobó un decreto en el que se obligaba a Europa a participar en la Cruzada (la quinta, 1217-20). La muerte del Papa al año siguiente fue un rudo golpe, pero su sucesor Honorio III continuó su organización. Los jefes fueron "el rey de Jerusalén", Juan de Brienne, el cardenal español Pelayo, legado pontificio, y el duque de Austria, Leopoldo VI. El rey de Hungría, Andrés II, se dirigió a San Juan de Acre, pero no tardó en abandonar la empresa. El único resultado apreciable fue la rendición de Damietta por el citado legado (1220), pero con esto no se logró destruir el poder ayubí en Egipto.

La quinta Cruzada (1217-1221) nos lleva a ver como Juan de Brienne, titulado rey de Jerusalén, se veía privado de su capital. Pidió ayuda a Occidente para apoderarse de la Ciudad Santa. Se predicó por Inocencio III en el Cuarto Concilio de Letrán en 1215 pero se realizó bajo el pontificado de su sucesor Honorio III. Se puso al frente de ella a Juan de Brienne, ayudado por un ejército mandado por el rey Andrés de Hungría. Los hechos nos llevan a ver como Juan de Brienne se dirigió a Egipto y se apoderó de la ciudad de Damietta después de dieciocho meses de asedio (1218-1219). El sultán de Egipto ofreció a los cruzados la entrega de Jerusalén a cambio de la plaza de Damietta. Estos rehusaron la propuesta. Surgieron después discordias entre los cruzados, y por las inundaciones del Nilo se vieron precisados a abandonar Egipto (1221). El resultado fue que Juan de Brienne obtuvo del sultán la autorización para que los peregrinos pudieran visitar la ciudad de Jerusalén. Además, cedió a Federico II los derechos que tenía sobre esta ciudad.

La sexta Cruzada (1228-1229) nos permite ver como Federico II, emperador alemán, se había comprometido, bajo juramento, a realizar una Cruzada. Sus dilaciones y ambigua conducta le acarrearón la excomunión de los pontífices. En el año 1228, Federico se dirigió a San Juan de Acre. En vez de luchas contra los musulmanes, Federico II obtuvo del sultán de Egipto, por medio de negociaciones (1229), las ciudades de Jerusalén, Belé, Nazaret, Tiro, Sidón, con la condición de que la mezquita de Omar y sus dependencias en Jerusalén quedaran en manos de los musulmanes. Federico se comprometía además a procurar que los occidentales no atacaran al sultán. Esta paz, verdadero condominio de cristianos y musulmanes en Jerusalén, duró diez años (1228-1239).

Así pues, la sexta Cruzada (1228-1229) la dirigió el excomulgado emperador de Alemania, Federico II, contra la voluntad del pontífice Gregorio IX. Este emperador, reemprendiendo la política imperialista de su padre Enrique VI, proyectó restablecer la unidad mediterránea por la tolerancia religiosa y la independencia del poder temporal. Casado con la hija de Juan de Brienne, embarcó en Brindisi para Tierra Santa. En Siria pactó con el sultán de El Cairo, Malek-el-Kumel (1229), una tregua de diez años, quedándose los cristianos con Belén, Nazaret y otros lugares, mientras Jerusalén quedaba neutralizada, pues en esta ciudad santa los musulmanes conservaban sus mezquitas. Así dio a la cuestión de Oriente una solución realista: el condominio cristiano-musulmán de Jerusalén. El Papa la aprobó, si bien más tarde no aceptó este condominio y el sultán Eyub de Egipto, apoyado por los turcos, a su vez empujados por los mongoles, tomó la Ciudad Santa (1244) y derrotó a los cristianos en Gaza (1245).

Este hecho motivó las dos últimas grandes cruzadas mediterráneas en las que intervino el rey de Francia San Luis. Inocencio IV, en el Concilio de Lyón (1245), propuso la séptima Cruzada para recobrar Jerusalén (1248-54). Ni Alemania ni Italia acudieron al llamamiento. Sólo Luis IX, renovando el ideal místico del siglo anterior, hizo el voto de cruzado llevando sus armas contra Egipto. En 1249 los cruzados desembarcaron en Damietta, que tomaron con facilidad. Entonces el sultán hizo proposiciones de paz, pero no fueron aceptadas. El hermano del rey Santo, Roberto de Artois, avanzó hacia Mansurah, pero fue vencido y muerto, mientras las naves egipcias destruían las cristianas. La confusión, el hambre y las epidemias desmoralizan a los cruzados y el mismo rey cae prisionero (1250), rindiéndose todo el ejército. El nuevo sultán hizo la paz a base de devolver la libertad al rey, la evacuación de Damietta y el pago de un millón de escudos. San Luis, después de visitar Tierra Santa como peregrino, regresó a Francia, donde acababa de morir su madre, Blanca de Castilla.

La séptima Cruzada o primera de San Luis (1248-1254) nos permite ver como en la primera mitad del siglo XIII, los mongoles o tártaros, al mando de Gengis-Khan, devastaron los países situados entre China y el Mediterráneo. Algunos de los pueblos vencidos del Turquestán ofrecieron sus servicios al sultán de Egipto, y los turcos se apoderaron de Jerusalén, degollando a todos sus habitantes. El Papa Inocencio IV predicó la Cruzada en el Concilio de Lyon y el rey Luis IX de Francia se puso al frente de la expedición, dirigiéndose a Egipto (1248), porque comprendía que Palestina tenía que conquistarse por el sur, evitando pasar por Constantinopla para soslayar la doblez de los bizantinos. Los hechos fueron que San Luis se apoderó de la plaza de Damietta (1249). Cuando se dirigía a la ciudad de El Cairo fue detenido por el fuego griego y por la inundación anual del Nilo, sufriendo un enorme desastre en Mansurah. San Luis cayó prisionero. Para recobrar la libertad hubo de devolver la ciudad de Damietta (1250) y pagar un enorme rescate, que el hermano del rey pasó a negociar con Francia. Pasó después a Palestina, donde permaneció tres años (1250-1254). Regresó a Francia cuando tuvo noticia de la muerte de su madre, Blanca de Castilla (1254), a quien había dejado como regente.

La octava Cruzada o segunda de San Luis (1270) nos lleva a ver como los mongoles se apoderaron de Siria en 1260, y el sultán de Egipto conquistó todas las ciudades de Palestina que aún estaban en poder de los cristianos, con excepción de Tolemaida. Siguiendo los consejos de su hermano Carlos de Anjou, rey de las Dos Sicilias, San Luis se dirigió a Túnez, con objeto de convertir al sultán, procurarse su alianza y seguir hasta Palestina. Poco después de haber desembarcado, San Luis murió de la peste, frente a Cartago el 25 de agosto de 1270.

Así pues, en 1270, perseverando Luis IX en su idea una vez perdida Jaffa (1268), y, fracasada la cruzada catalana de Jaime I el Conquistador, organizó la octava Cruzada. Posiblemente por interés de su hermano Carlos de Anjou, rey de Sicilia, dirigió la flota francesa a Túnez (país de tradición cristiana desde tiempos de San Agustín), y en el sitio de aquella ciudad murió de peste el monarca francés y uno de sus hijos (1270). El cuerpo expedicionario, diezmado, volvió a Francia. Con este fracaso hubiese terminado la dominación occidental en Asia, si un ataque de los mongoles no hubiera obligado al sultán de Egipto a concluir una tregua de diez años con los latinos (1272), pero un usurpador prosiguió la ofensiva en 1285 apoderándose de Trípoli y San Juan de Acre (1290). Con ello, la Tierra Santa ocupada por los cristianos a fines del siglo XI, volvía a manos de los infieles dos centurias más tarde. Con esto vemos como en 1291 sucumbió Tolemaida, última plaza de los cristianos en Palestina. La Santa Sede, aunque suscite otras expediciones contra el Islam, había terminado ya la era de las Cruzadas. Los Santos Lugares, que habían sido conquistados al finalizar el siglo XI, quedaron definitivamente perdidos para el mundo cristiano en las agonías del siglo XIII.

La Cruzada contra los albigenses

La Iglesia estuvo amenazada, desde el siglo XI, por numerosas herejías, siendo la principal de todas ellas la de los *cátaros* o *albigenses*. Como antecedentes podemos decir que desde la época de las invasiones, *los países situados en el sur del Loira* aspiraron a separarse de las regiones del norte. Durante los primeros tiempos de la dinastía de los Capetos, se habían mantenido casi independientes de la monarquía franca. La Aquitania, el Languedoc y la Provenza se diferenciaban de las comarcas septentrionales por *la raza* y por *el carácter* de sus habitantes: en aquéllas, la población era, casi en su totalidad, de procedencia *galorromana*, mientras que en éstas predominaba el elemento *germánico*. Además, los burgueses meridionales, enriquecidos por la industria y el comercio, preferían las *instituciones republicanas* al *sistema feudal* que dominaba en el norte. La separación entre ambas comarcas habría sido definitiva si la herejía albigense hubiera conseguido afianzarse en las regiones del sur. Compréndese con estas consideraciones el peligro que representaba esta herejía tanto para la *unidad política* francesa como para la *unidad religiosa* de Occidente.

Los *cátaros* (del gr., *katharos* =puros) pretendían distinguirse de los demás por su ascetismo y por su pureza de costumbres. La herejía cátara se importó de Oriente, probablemente por comerciantes búlgaros que mantenían relaciones con los franceses del Mediodía. Su principal foco se desarrolló en la región de *Albi*. Se propagó por todo el Languedoc y en los territorios comprendidos desde el Garona hasta Tolosa. Los escándalos del clero oficial en la provincia de Narbona, denunciados por los documentos pontificios, favorecieron la propaganda hostil a la Iglesia de Roma.

Los principios, moral y funcionamiento nos demuestra lo siguiente pues se conocen mal las doctrinas de los albigenses, porque sus libros, fueron quemados. A pesar de ello podemos decir que: a) Aceptaban la existencia de dos dioses (*dualismo*): el *dios del bien*, creador de las almas, y el *dios del mal*, que encerró las almas en los cuerpos, o sea dentro de una materia mala. b) Jesucristo era un *eón*, enviado por el dios del bien para predicar a los hombres su origen y librarlos del estado de esclavitud. En cuanto a su moral podemos decir que la moral es horrible; seméjase mucho a un socialismo extremado o al comunismo y anarquismo. Tenemos varios principios, así 1.º *La apología del suicidio*. El hombre está compuesto por dos elementos, uno bueno y otro malo, Como estos elementos son irreconciliables entre sí, no existe otro medio para conseguir el bien sino acudir al *suicidio* y así separar el alma del cuerpo. 2.º *La disolución del matrimonio*. Lo más lógico para aniquilar la maldad es evitar el matrimonio, con lo cual, al no propagarse la especie, tampoco se extenderá el mal. 3.º *La supresión de la propiedad*. Como la mejor forma de

20

suicidio es dejarse morir de hambre (*endura*), los albigenses consideraban funesta toda clase de propiedad. 4." *La supresión de toda autoridad*. Los albigenses no admitían ninguna autoridad, ni la civil ni la eclesiástica (*anarquistas*).

Los cátaros o albigenses se dividían en dos clases. Los cátaros admitían dos clases de hombres en la sociedad: la de los *perfectos* y la de los *creyentes*. 1.º *Los perfectos*. Eran los que habían recibido el bautismo espiritual o *consolamentum* (único sacramento que admitían, *ordenación* y *extremaunción* a la vez). Todo lo demás del rito católico no era admitido. Los perfectos eran clérigos y poseían obispos, pero sin fasto ni pompa. 2.º *Los creyentes*. Podían vivir a su antojo, sin otra obligación que la de recibir, antes de morir, el *consolamentum* que les administraban los perfectos por la imposición de las manos.

La Iglesia y los poderes civiles trataron de acabar con ellos. Para atajar estas herejías la Iglesia apeló a todos los medios: a procedimientos pacíficos y violentos. Tenemos la llamada Cruzada pacífica y la Cruzada violenta. Así: 1.º CRUZADA PACÍFICA. El Papa Inocencio III envió para convertir a estos herejes a su legado *Pedro de Castelnau* y al abad del Císter. Este se hizo ayudar en la predicación por *Diego*, obispo de Osma, y por *Domingo de Guzmán*. Los predicadores fueron bien recibidos por el pueblo, pero los señores, que se habían apoderado de los bienes eclesiásticos, les opusieron tenaz resistencia. Un oficial de *Raimundo VI de Tolosa* asesinó al legado pontificio, Pedro de Castelnau (15 de enero de 1208). En consecuencia tenemos, 2.º CRUZADA VIOLENTA (1209-1229). El asesinato del legado pontificio determinó a Inocencio III al empleo de la fuerza. Excomulgó a Raimundo VI de Tolosa, desligó a sus súbditos del juramento de fidelidad e instó a los católicos franceses para que se alistaran en la cruzada contra los albigenses. Esta Cruzada puede dividirse en *dos fases*:

1ª fase (1209-1218). *Simón de Montfort*, señor de la Isla de Francia y jefe de la expedición, se apoderó de Beziers, Narbona y Carcasona (1209). *Pedro II de Aragón* acudió en ayuda de su cuñado Raimundo de Tolosa, pero fue derrotado y muerto en la *batalla de Muret* (12 de septiembre de 1213). Simón de Montfort se apoderó del condado de Tolosa (1215), nombrando muchos señores feudales en el Languedoc. El *concilio general* (4.º) *de Letrán* (1215) confirmó las disposiciones de Simón de Montfort. Poco después (1217), la ciudad de Tolosa se sublevó, y Simón de Montfort murió de una pedrada, cuando se dirigía a reconquistar esta ciudad (1218).

2ª Fase (1218-1229). *Amalrico*, hijo de Simón de Montfort, ante la imposibilidad de sostener las conquistas de su padre, cedió todos sus derechos sobre estos Estados a Luis VIII (1224), quien en una expedición se apoderó de las ciudades de Aviñón,

Nîmes, Carcasona, Beziers y Albi; pero atacado su ejército por la peste, no pudo terminar la conquista (1226). En el reinado de San Luis, durante la regencia de Blanca de Castilla, se firmaron los tratados de *Meaux* y de *París* (1229), por los que se terminaba la lucha contra los albigenses.

El resultado fue que los albigenses, después de estos tratados, se sometieron completamente. 1.º Raimundo VI de Tolosa (1195-1222) entregó a la Santa Sede, Aviñón y el condado de Venaisin, y al rey de Francia, las ciudades de Narbona, Nîmes y Beziers (1229). 2.º Raimundo VI conservaba el condado de Tolosa. Su hija, *Juana*, contrajo matrimonio (1229) con *Alfonso*, hermano de San Luis, por lo que, siendo Juana la única heredera, el condado había de revertir a la corona francesa. 3.º Establecióse el *Santo Tribunal de la Inquisición*, último recurso que se empleó contra la herejía.

Consecuencias de las Cruzadas.

El resultado de las Cruzadas fue que de las ocho Cruzadas, solo la primera consiguió el objetivo que los expedicionarios se habían propuesto; pero el reino de Jerusalén, del cual Godofredo de Bullon fue el primer rey (1099-1101), no pudo mantenerse mucho tiempo, a causa de las embestidas de dos enemigos irreductibles: los turcos seldjucidas y los árabes de Egipto. Pero si las Cruzadas no dieron el resultado que de ellas se esperaba como era la conquista de los Santos Lugares, no por ello fueron infructuosas.

Los resultados de las Cruzadas en general nos permiten ver lo siguiente:

1.- Desde el punto de vista social podemos decir que las Cruzadas dieron como resultado:

- a) Mejoraron las relaciones entre las naciones cristianas de Occidente por la unión que entre ellas se efectuó para combatir a los infieles.
- b) La comunidad de intereses y de peligros que los cruzados tuvieron que afrontar debilitó las luchas suscitadas por el feudalismo.
- c) Fortalecieron la autoridad de los monarcas, ya que estos no tuvieron que luchar con los grandes vasallos de sus reinos.
- d) Elevaron el nivel moral de las naciones cristianas, porque el carácter moral de un pueblo se eleva y engrandece siempre que se sacrifica y lucha no sólo por un interés material, sino sobre todo por una idea grande, justa y honrosa.

2.- Desde el punto de vista político supusieron:

a) Impidieron que los turcos y árabes se apoderaran de Europa. Las Cruzadas contribuyeron a debilitar el poder de aquellos, retrasando cuatro siglos la conquista de Constantinopla.

b) Los señores feudales, al ausentarse de sus dominios y someterse a normas para la consecución de un fin, se acostumbraron en cierto modo a obedecer, lo que no fue poco en una época de independencia y de despotismo.

3.- Desde el punto de vista militar:

a) Acostumbraron a los cruzados a la disciplina y perfeccionaron el arte militar al tener que luchar contra un enemigo habituado a las emboscadas y ataques imprevistos.

b) Los torneos o fiestas guerreras que entonces se originaron y desarrollaron y en las que las diferentes fases de un combate estaban representadas, constituyeron para los caballeros una verdadera escuela militar.

4.- Desde el punto de vista comercial e industrial vemos:

a) la frecuencia de los viajes, el contacto de Oriente con Occidente, fomentaron el comercio y la marina. Los puertos de Venecia, Génova, Pisa y Marsella aumentaron considerablemente su tráfico.

b) Perfeccionose la industria con el conocimiento y utilización de los más variados productos: cultivo de la caña de azúcar, especias de la India, materias colorantes, etc.

5.- desde el punto de vista cultural tenemos:

a) Fomentaron el estudio de la geografía y del arte de navegar. Las matemáticas y la medicina se aprovecharon de los conocimientos que los árabes tenían de estas ciencias.

b) Se desarrolló la literatura con el relato de las proezas heroicas y aventuras de los cruzados (ciclo de las Cruzadas).

Como acabamos de ver, a pesar de todos los esfuerzos y entusiasmo, estas empresas, comunes a todos los europeos, fracasaron, pues no consiguieron reconquistar el objetivo primario que fue la Tierra Santa y los sagrados lugares que ésta contenía. Sin embargo, el movimiento cruzado estuvo lejos de ser infructuoso. En primer lugar, el magnífico entusiasmo religioso del que dieron prueba la mayoría de los cruzados, constituyó la manifestación más brillante del espíritu cristiano de la época, dando lugar a que aumentase el prestigio y el crédito pontificio y se impulsase el esfuerzo misionero en África y Asia.

Además, con los golpes dados por los cruzados a los infieles se defendió a Europa contra el Islam, si bien por otra parte la cuarta expedición debilitó seriamente el

Imperio en Oriente contra los futuros ataques musulmanes. Este gran movimiento expansivo del Occidente europeo trajo también como consecuencia un debilitamiento del feudalismo, pues al ausentarse de sus feudos muchos barones y caballeros, así como otros elementos perturbadores, pudo aumentar el poder real, el orden y la libertad cívica, consiguiendo comprar cartas y privilegios algunas poblaciones a sus señores que se habían arruinado con las Cruzadas. El comercio, que de manos bizantinas había pasado en gran parte a las de genoveses, venecianos y paisanos, hace que éstos intervengan con sus naves desde el victorioso resultado de la primera Cruzada transportando guerreros, equipos y alimentos a cambio de ventajas comerciales como concesión de acuartelamientos y almacenes en los puertos de Siria, privilegios de aduanas y exención de tributos, aparte de las ganancias que obtuvieron, sobre todo Venecia, por el transporte de cruzados y peregrinos, por los intereses del dinero prestado y por la venta de sedas y especias que traían directamente de Oriente en su viaje de vuelta.

Finalmente, las Cruzadas contribuyeron a dar a Europa conciencia de su unidad y a transformar el pensamiento y la cultura en general, pues estas expediciones no sólo ensancharon los conocimientos geográficos y despertaron la afición a realizar viajes remotos (legaciones religiosas, Marco Polo), sino que también al ponerse en contacto con la cultura musulmana y sobre todo con la bizantina pudieron importar al Occidente, menos civilizado, elementos culturales nuevos e importantes. La Siria, empobrecida, poco pudo enseñar a los cruzados, siendo su aportación mucho menor que la de Palermo y Toledo; en cambio, Constantinopla estaba en condiciones inmejorables para que los conquistadores latinos pudieran aprender mucho de ella. Venecia sobre todo asimiló parte de su cultura artística y literaria, constituyendo un puente entre Bizancio y Europa a través del cual llegaron hasta París la lengua y los escritos griegos. El Occidente, más atrasado en la cultura material, pero más celoso y progresivo, recibió de Oriente, a través de las Cruzadas, nuevos conocimientos industriales, como materias colorantes (azafrán, índigo, rojo turquí), sedas y especias de la India (pimienta, canela), el cultivo de la caña de azúcar de Sicilia, nuevas plantas (ajo, albaricoque, sandía), innovaciones en la indumentaria (el sobretodo) y otras muchas cosas desconocidas. Con estas empresas también ganaron los pueblos occidentales nueva destreza en el arte bélico, principalmente en el asedio de las ciudades; conocieron asimismo la ballesta, el uso de la trompeta y el tambor y comenzaron a pintar blasones en las cotas de malla, desarrollando la ciencia heráldica. Aunque la lucha entre Occidente y Oriente contribuyó a profundizar la sima que separaba el mundo musulmán del cristiano, sacó a la juvenil Europa de su aislamiento, aceleró la terminación de la Edad Media y la preparó para la vida más vasta de los tiempos modernos.

También fueron consecuencia inmediata de éstas la fundación de las órdenes militares en las que se unió el ideal ascético con el caballeresco. En Jerusalén, a raíz de la Primera Cruzada, fue fundada en la casa del Hospital de San Juan, la Orden que se llamó del Hospital o San Juan, consagrada al cuidado de los enfermos y heridos. Después, varió de carácter y sus componentes fueron más guerreros que enfermeros. Reconocida por el papa Pascual II en 1113 esta hermandad, se transformó en orden militar a partir de 1120. En 1118 algunos Hospitalarios desgajaron de esta Orden, otra, que por ocupar el palacio real de Balduino, edificado sobre el antiguo templo de Salomón, recibió el nombre de Orden del Temple. Sus componentes se regían por la regla del Cister y llevaban un hábito blanco con cruz roja sobre el vestido de caballero. Se comprometieron a escoltar y defender a los peregrinos. El papa Clemente V la disolvió en el Concilio de Viena (1312). Otra Orden fue la Teutónica, fundada por caballeros alemanes (1190-98). Todas llegaron a poseer extensos territorios y muchos bienes.

Órdenes militares surgidas de las Cruzadas.

Fruto de las Cruzadas, principalmente la primera, fueron las grandes Órdenes militares de los Hospitalarios, del Temple y la de los Teutónicos. Las Órdenes militares o caballerescas eran unas agrupaciones de laicos, ligados por votos religiosos cuyos miembros se obligaban a defender la religión y a socorrer a los peregrinos, a los débiles y a los oprimidos. Estas Órdenes florecieron en tiempo de las Cruzadas, siendo más tarde secularizadas por los Papas y convertidas en confraternidades de caballeros, con facultad de disfrutar de privilegios, beneficios y encomiendas. Las Órdenes más importantes fueron las siguientes.

1.- Los caballeros de San Juan u Hospitalarios, es la orden más antigua. Tomo su nombre del hospital de San Juan, que unos caballeros de Amalfi habían fundado para albergar a los peregrinos de Tierra Santa (1048). Al principio solo se ocuparon de cuidar a los enfermos, luego fue ampliada con la obligación del servicio militar. Después de las Cruzadas, los Hospitalarios continuaron luchando contra los turcos en Chipre y Rodas. Su hábito era negro con cruz blanca.

2.- Los caballeros Templarios, recibieron este nombre porque Godofredo de Bullón los instaló en una de las alas de su palacio, emplazado sobre las ruinas del Templo de Salomón. Fue fundada por nueve caballeros franceses (1118) que se obligaron por los tres votos de obediencia, castidad y pobreza y por el de “combatir por el servicio de Dios” a proteger a los peregrinos de Tierra Santa. Fueron suprimidos por el Papa Clemente V a instigación de Felipe el Hermoso, rey de Francia (1313). Su hábito era blanco con cruz roja.

3.- Los caballeros Teutónicos, tuvieron su origen en un hospicio militar alemán, fundado en la ciudad de San Juan de Acre (1128). Fueron organizados por Federico de Suabia, y la Orden fue aprobada por el Papa Celestino III. Después de las Cruzadas se fijaron en Marienburg (1309); su último gran maestro, Alberto de Brandemburgo, se pasó al protestantismo. Su hábito era blanco con una cruz negra sobre el hombro izquierdo.

Fue muy grande la importancia de estas Órdenes militares: Sin ellas los Estados latinos de Oriente no habrían podido sostenerse, les habría faltado ese núcleo de ejército permanente, siempre listo a combatir contra los infieles.

En cuanto a las Órdenes militares de territorios españoles podemos decir que fueron fundadas en los siglos XII y XIV y su finalidad fue coadyuvar en la lucha contra los musulmanes de España en la época de la Reconquista. Entre las Órdenes militares españolas tenemos la de Calatrava, Alcántara, Santiago y Montesa. La de Calatrava fue fundada por los monjes del Cister, San Raimundo, abad de Fitero, y fray Diego Velázquez. Sancho III de Castilla les entregó la plaza de Calatrava, con la obligación de defenderla contra los musulmanes (1158). Su hábito es blanco con cruz roja como el de los Templarios. La Orden de Alcántara se llamó así por la ciudad de Alcántara que le cedieron los caballeros de Calatrava (1166), durante el reinado de Alfonso IX de León (1188-1230). Su hábito era blanco con cruz verde. La Orden de Santiago fue fundada por trece caballeros, que se comprometieron a proteger a los peregrinos que se dirigían a Santiago de Compostela (1170). Su hábito es blanco con cruz roja alargada. La Orden de Montesa fue creada por Jaime II de Aragón en 1316 después de la abolición de la Orden de los Templarios. Estaba subordinada a la Orden de Calatrava. Su hábito es blanco con cruz roja.

La Alta Edad Media en la Península Hispánica.

La dominación musulmana en la Península Hispánica obligó a muchos de sus habitantes a buscar refugio en las montañas cantábricas y en los Pirineos, donde, junto con los indígenas, que perseverando en su independencia siempre se habían opuesto a cualquier autoridad política unificadora, consiguieron formar núcleos de resistencia constituyendo los puntos de partida de la obra reconquistadora. La decidida voluntad de lucha de los astures reunidos en torno de Pelayo les llevó a la victoria de Covadonga (722), primera hazaña de la que surgió un reino cristiano que no tardó en ser el aglutinante de los territorios vecinos (de Vizcaya al norte de Galicia). Mientras, en los Pirineos también hubo zonas libres agrestes donde vivían fugitivos cristianos que reconocían, por lo general, la soberanía de Carlomagno. Este monarca, decidido a formar sobre las rutas del Pirineo oriental, dominadas por

los musulmanes, una Marca fronteriza, emprendió la lucha contra éstos, conquistó Gerona (785), anexionó las comarcas libres de Urgel, Pallars y Ribagorza, y envió a su hijo Luis el Piadoso a repoblar las regiones de Vich y Cardona (798), que también conquistó Barcelona (801) y obligó a pagar tributo a Tortosa (811). De esta forma Cataluña, del Pirineo al Llobregat, pasó a ser una parte del Imperio Carolingio y por lo tanto tuvo la misma organización administrativa, política, social y eclesiástica que éste. Los orígenes del condado de Aragón, aunque poco conocidos, parece que son también carolingios (principios del siglo IX), y en cuanto a Navarra, habitada por vascones, rebeldes a toda sumisión, sus primeros tiempos nos son poco conocidos hasta que en la primera mitad de la novena centuria tenemos la autoridad del conde, viceconde o vicario en cuya demarcación se hallaban enclavadas, que las gobernaba aconsejándose de los vecinos más destacados (*probi homines*). En esta época (siglos VIII, IX y X) aún no se puede hablar de Municipios libres, pues hasta ahora la vida local se desenvuelve regida por el *comes*.

Aun cuando no es exacta en todos sus términos la teoría de que el Municipio existe desde el momento en que el *concilium* se segrega de la circunscripción del condado y se convierte en distrito judicial independiente, es hoy la más aceptada. Al Municipio le vemos adquirir estas funciones judiciales a partir de la segunda mitad del siglo XI en los privilegios y fueros que se conceden a algunas poblaciones reales o señoriales de León, Castilla y Aragón y por concesión del rey o del señor, los vecinos, reunidos en *concilium*, designaron los *alcaldes* o vecinos que juzgaban con el *senior* en vez de designarlos éste. De esta forma comienza a dirigir la vida local el *concilium* substituyendo al *comes* que hasta ahora la había regido. En las poblaciones que tenían una gran extensión el *concilium* pudo nombrar libremente tanto el *judex* como a los *alcaldes*, que de éstos llegaron a ser uno por barrio (*collatio*). En los Municipios de fines del XII habrá, además, junto a los otros oficiales (*aportellados*), *jurados* encargados de la actividad económica, y en casi todas las poblaciones de poca importancia, un *maiorinus*, que actúa como administrador, un inspector de pesas y medidas (*almotacén*), *andadores* o mensajeros, *sagiones* o ejecutores de acuerdos, etc. En las regiones ricas por la ganadería y de pastos comunes, las aldeas se reunieron con iguales derechos y atribuciones formando lo que más tarde se llamó *comunidad*, divididas a su vez en circunscripciones o *sexmos*. Los *alcaldes* o *judices* quedaron transformados, de simples funcionarios judiciales, en rectores casi exclusivos de la ciudad, pues el oficial local, puesto por el rey o el señor (*tenente, senior civitatis*), fue perdiendo poco a poco atribuciones hasta quedarse sólo con la defensa de la ciudad, mantenimiento de la paz y cierta intervención en la Hacienda local. Sin embargo, una gran parte de las poblaciones libres sometidas al rey o a un señor no alcanzaron esta autonomía para gobernarse y lo hicieron éstos por medio de sus vicarios, pero desde principios del siglo XII en León y Castilla, donde la emancipación de los

municipios se sintió mucho más fuertemente, comenzaron luchas constantes de los pueblos con sus señores por la conquista de las libertades municipales, en cuyo empeño fueron casi siempre apoyados por los reyes.

La civilización europea occidental y los centros de cultura durante esta época.

Ya hemos visto cómo la Europa occidental medieval conservó, gracias a la religión, cierta unidad en todos los aspectos. Una sola Iglesia imperó en toda ella, una opinión predominó sobre éste y el otro mundo, el latín fue la lengua internacional, la Biblia el único "libro de texto" y la instrucción y la vida cultural que en estos siglos florecía estaban íntimamente relacionadas con la Iglesia católica. La misión de la Iglesia y la política pontificia es ahora, a más de moralizadora del mundo relajado por el contacto con las costumbres orientales, la de instruir y educar con objeto de evitar que los espíritus pudieran marchar por caminos heterodoxos, ya que gran parte de la sociedad había llegado a una madurez intelectual posibilitando que por la senda del estudio se llegara también a caer en la herejía. A partir de la segunda mitad del siglo XII el fracaso de las esperanzas puestas en la Cruzada motivó que frente a los movimientos de carácter ascético, iniciados y desarrollados por cluniacenses y cistercienses, dominantes durante los últimos años, se abrieran paso nuevas capas de seculares que entonces tomaron la palabra como depositarias de cultura. Las luchas entre estas dos direcciones llenaron el siglo siguiente hasta la victoria final político eclesiástica del Pontificado que coincidió con la superación de estas oposiciones por el sistema armónico de Santo Tomás de Aquino.

Ya vimos cómo el hombre medieval europeo estuvo siempre fascinado y atraído por el mundo antiguo clásico y cómo, al asimilarse ininterrumpidamente su saber, dio lugar a diversos "renacimientos", aunque no todos produjeron los mismos resultados. El primer *humanismo* medieval le encontramos ya en el carolingio y otónico, si bien, fundamentalmente, se limitó a la recepción externa de las formas antiguas; ahora, en el siglo XII, junto a la evolución municipal y a la ciudad urbana brota en todo el Occidente germanolatino un humanismo animado de la antigua y auténtica alegría de la vida, cuyo punto esencial es la filosofía griega que penetrará en la teología cristiana modificando el pensamiento y el derecho romano que llegará a transformar el concepto político europeo. Italia, en el siglo XIII, dará el paso decisivo al darse cuenta de la relación existente entre la liberación del individuo y la vida rebotante en los libros antiguos.

Hasta comenzar el siglo XIII apenas existieron otros centros de instrucción que los monasterios y las escuelas monásticas y catedralicias. Las monacales, bajo la

dirección de los más ilustres monjes, tenían por finalidad la de formar y educar a los mismos frailes y a los futuros doctores; en las catedralicias, se educaban también algunos hijos de nobles destinados a las prebendas de las mismas catedrales; éstos recibían el título de *Scholasteria maior* y el director se llamaba *scholasticus* o *magister scholarum*. A más de adiestrar a los alumnos en el salterio y la liturgia para los servicios eclesiásticos, se enseñaban en estos centros gramática y literatura latinas, y retórica y teología a los que deseaban ingresar en la Iglesia. Entre las más importantes escuelas monacales de aquella época destacan las de Aurillac, donde estudió el monje Gerberto (Silvestre II), la de Cluny, que llegó a su apogeo con Pedro el Venerable, y la de Bec, que alcanzó una gran prosperidad bajo la dirección de Landfranco; éstas no supieron adaptarse al nuevo renacimiento del siglo XII y en su aislamiento rural continuaron viviendo hasta morir fieles a su conservadurismo. Entre las catedralicias se distinguen la de Angers, frecuentada por normandos, bretones e ingleses, las de Arranches, Besançon, Chalons y Chartres, una de las que más resaltaron a principios del siglo XII, ilustrada por Juan de Salisbury, y que el obispo Fulberto de Chartres convirtió en la renovadora de Europa, saliendo de esta escuela los maestros que más tarde habían de dar lustre a las de París. En España también copista. la cultura se refugia en los monasterios a partir de la invasión musulmana, sobresaliendo las escuelas monásticas de Liébana y Samos y las episcopales de Tuy y Compostela.

El ansia de instrucción fue aumentando en el siglo XII, produciéndose un resurgimiento del saber al desarrollarse el comercio y aumentar el contacto con la cultura árabe y la del mundo antiguo, al mismo tiempo que al fijarse y crecer la ciudad el mercader necesitó saber leer y escribir, así como otros conocimientos para sus asuntos y negocios. Esto trajo consigo la fundación de las primeras escuelas populares o parroquiales, pues por lo general estaban agregadas a las parroquias en las que se enseñaba a leer y escribir el latín, iniciándose también en algunas la enseñanza de la lengua vulgar y de la poesía. El *scholasticus* de la catedral ejercía derecho de inspección sobre ellas.

Las escuelas catedralicias o episcopales fueron menos reacias a incorporarse al nuevo movimiento renacentista de este siglo, y los escolares, inoculados de la libertad ciudadana de su época, pudieron elegir libremente a sus maestros y en el nuevo ambiente urbano transformaron su espíritu en corporativo, que en el siglo XIII habría de producir la corporación de escuelas: la Universidad.

Desde el siglo XII los clásicos latinos y el Derecho romano principiaron a ser más estudiados y conocidos. Los árabes españoles y la escuela de Traductores de Toledo sirviendo de puente entre el Oriente y el Occidente proporcionaron a través de la ciencia musulmana y judaica versiones de los clásicos griegos, sobre todo de

Aristóteles y de varios escritores científicos como Euclides, Ptolomeo, Galeno e Hipócrates. En las matemáticas, las cifras árabes comenzaron a substituir a las romanas, resurgiendo también los estudios teológicos gracias al creciente interés por la ciencia y la filosofía. Apartándose las escuelas episcopales de la antigua rutina, inician una tendencia hacia la especialización aún dentro del enciclopedismo anterior y así la de Bolonia se convierte en un gran centro de estudio del derecho romano, las de Orleans y Tours en escuelas de Gramática y Retórica, mientras la de Montpellier adquiere reputación en la Medicina y la de Chartres en el estudio del *Quadrivium*, las cuatro disciplinas que hoy llamaríamos Ciencias; de esta manera la cultura se seculariza y se especializa en estas escuelas episcopales.

A partir del siglo XI Bolonia y otras ciudades italianas fueron los centros más importantes de estudios jurídicos en Occidente, estudiándose en ellos una amalgama de códigos romanos hasta Justiniano, y a partir de Irnerio, el *Corpus juris civilis* de este emperador, empleando para su estudio el método de la glosa con lo que se creó el Derecho civil científico. El antifeudal Derecho romano que encumbra al monarca como autoridad única y suprema del Estado sale también de esta escuela resucitando y vivificando con todos los honores y con su antigua fuerza la idea de Estado que el príncipe representa y personifica. Bolonia fue también la creadora del estudio científico del Derecho canónico gracias al monje camaldulense Graciano que substituyendo el *Ius antiquum* por el *Decreto* vino a representar en el derecho de la Iglesia lo que Irnerio en lo civil. Las adiciones al *Decreto* (las *Decretales* y las *Extras*) fueron compiladas en el siglo XIII por San Raimundo de Peñafort.

Desde el siglo IX se comienza a hablar de Salerno como centro médico en el cual clérigos y laicos, cristianos y judíos, tuvieron a su cargo las prácticas de la Medicina, que aún formaba parte de la Física. Durante el siglo XI le llegan las primeras influencias árabigas y en el XII alcanza su apogeo. Durante esta centuria también Montpellier adquiere gran fama al fundarse el Hospital del Espíritu Santo, del cual salió una Orden que ya en 1300 contaba hasta con 400 hospitales.

Las Universidades.

Ya vimos cómo durante el siglo XII se fue incubando en Europa un enérgico despertar a la vida del espíritu fomentado por la aportación del pensamiento antiguo a través de los musulmanes, de España y Sicilia. Ahora estudiaremos cómo Europa, en plena expansión intelectual, crea un espléndido instrumento de transición cultural.

La vida medieval se desarrollaba en gran parte a base de gremios o asociaciones, y las Universidades, que florecieron en diferentes puntos de Europa, fueron otras

tantas sociedades o corporaciones de profesores y estudiantes. Etimológicamente, la palabra *universitas* significa agrupación, conjunto de todos, y al brotar los gremios escolares, recibieron las denominaciones de *universitas magistrorum*, si son los maestros los que se organizan (París) y *universitas scholarum* o *discipularum*, si son los escolares (Bolonia). Estas corporaciones fueron producto espontáneo del instinto de asociación entonces dominante y surgieron a la vida de la misma forma que los demás gremios sin una autorización expresa de un papa o prelado, de un rey o príncipe.

El *Studium Generale*, llamado así, no porque se enseñara de todo, sino porque estaba abierto a todos, se aproxima más al concepto de Universidad moderna, pues fue un verdadero organismo docente de alta cultura de general concurrencia abierta a todos los países, donde como mínimo se cursaba una de las facultades superiores (Teología, Leyes, Medicina), además de los estudios básicos de Artes. Las escuelas de París, Salerno y Bolonia se consagraron por costumbre como *estudios generales* debido únicamente a la fama que adquirieron por toda Europa y a principios del siglo XIII otras muchas escuelas fundadas por maestros salidos de estos centros tipos reclamaron el rango de *studia generalia*, pero ya en la segunda mitad de esta centuria, se restringió la libertad de crear escuelas con este carácter de estudios generales y desde entonces para que un estudio fuese *general* se precisaba la sanción legal del papa o emperador, e incluso algunos de los que ya tenían consagrada esta categoría por costumbre, como los de París y Bolonia, tuvieron que legalizar su situación por sendas bulas pontificias que les concedían de derecho las prerrogativas que ya disfrutaban de hecho, tan sólo algunos estudios antiguos y prestigiosos de creación espontánea, que disfrutaban de una posición segura como los de Oxford y Padua continuaron existiendo como *studia generalia ex consuetudine* sin el reconocimiento oficial del Papado y del Imperio. Por tanto el factor esencial en el desarrollo de las universidades a partir del siglo XIII fue la bula pontificia de erección o reconocimiento posterior para las surgidas espontáneamente o para las creadas por los reyes (*respectu regni*) como las de España.

Lentamente se fueron formando los *Estudios Generales* que más tarde se llamarían Universidades. Éstas, no se fundaron con un esquema uniforme, pues unas se desarrollaron de las escuelas filosóficas que surgieron en París en la orilla izquierda del Sena, otras de las catedralicias y otras fueron creaciones independientes, aunque todas nacieron y crecieron estrechamente unidas con la Iglesia, teniendo, también, un punto de contacto en su procedencia corporativa. Dondequiera que los escolares se congregaban alrededor de un profesor famoso, se unieron y organizaron para garantizar sus derechos y aunar sus esfuerzos, así en Bolonia los estudiantes venidos de Francia, Alemania, Inglaterra y España se asociaron primero en naciones y

después en *universitas* en relación al género de estudios que cursaban. Los profesores boloñeses, de elevada categoría social y naturales de la ciudad no necesitaron agruparse para defenderse, en cambio se asociaron los maestros de París por ser extranjeros.

La Universidad de París tuvo sus precedentes y gestación en la presencia y enseñanzas del famoso maestro sin escuela Abelardo (1079-1132), filósofo y lógico que desarrolló el arte del raciocinio y la lógica medievales mediante una serie de preguntas, "sic et non" que abarcaban todo el campo de la filosofía y la teología. Su fama arrastró a París olas de estudiantes y maestros durante el primer tercio del siglo XII, colocando a esta capital en una situación de preeminencia intelectual que hizo posible dos generaciones más tarde la fundación de su Universidad. En la época de Abelardo, o poco después, París conoce el primer gremio de profesores originado por la salida de la escuela catedralicia de Notre Dame de los miembros no pertenecientes al cuerpo eclesiástico. De esta forma los licenciados de esta escuela episcopal salen de la catedral y comienzan a enseñar fuera del control de la Iglesia. Unos años después el alumnado y el profesorado gradualmente van secularizándose, aún sin perder su sello de procedencia religiosa, y en los alrededores de la catedral y en el monte de Santa Genoveva se multiplican los maestros.

No se conoce la fecha exacta de la creación del gremio de maestros parisinos, aunque su existencia está comprobada antes de iniciarse el siglo XIII, suponiéndose que debió surgir de una manera rudimentaria, espontánea e indefinida entre los años 1150-1170. Durante el siglo XIII se dio a esta corporación el nombre de *consortium magistrorum*, siendo reconocida por Inocencia III y Felipe Augusto. En el año 1215 el legado pontificio Roberto de Courçon le daba los primeros estatutos y aunque oficialmente quedaba al frente de la corporación el canciller en representación del obispo, su poder era insignificante. Al aumentar los escolares en esta Universidad se dividieron y reunieron por naciones en diversos colegios en los que enseñaban los profesores de la nación respectiva. Ya en el siglo XIII se formaron los colegios de los *gallicani*, al que también asistían los españoles e italianos, *picardi*, *angli* y *alemani*. También se subdividió más tarde por disciplinas: Teología, Derecho canónico y civil, Medicina y Filosofía; ésta y la Teología fueron el distintivo de la Universidad parisiense. A fin de defender mejor sus intereses comunes ante las autoridades civiles y eclesiásticas se forma en 1221 la *Universitas magistrorum et scholarum Parisiis studentium*, con cuyo nombre aparece por primera vez en esta fecha. Gregorio IX, en 1231, sancionó esta asociación de maestros y escolares. Fue una corporación privilegiada y fuerte con jurisdicción y elementos de gobierno propios.

En la floreciente y rica ciudad de Bolonia sobrevivían los estudios de Derecho romano y las personas encargadas de estudiarle y aplicarle comenzaron a enseñarle de un modo privado acudiendo alumnos de todos los países europeos que formaron corporaciones para defenderse, ya que la ciudad les recibía con cautela sin concederles derecho alguno ni garantía de ninguna clase. Los maestros se asocian también *collegia*, y éstos y los gremios de escolares preceden a la formación de los *studia*, siendo los elementos que habrán de integrarlos, pero en Bolonia fueron los estudiantes los que dieron la pauta y los que dominaron y tuvieron el poder excepto en la concesión de grados, privilegio gozado por los *collegia* de doctores con las reservas que más tarde impuso el papa. Aquí no se tiene comprobación documental de la existencia de un gremio de estudiantes hasta el año 1215, pero parece indudable que su formación tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XII. Dado el carácter laico de estas corporaciones, su independencia respecto a la Iglesia fue, a diferencia de París, absoluta en la primera época y durante ella maestros y estudiantes resistieron al Municipio, al Pontificado y al Imperio. De esta forma no se puede atribuir el origen de esta Universidad a una determinada disposición imperial, a una bula del Papado o a un decreto de la Comuna; estas disposiciones sólo vinieron a legalizar un conjunto de hechos que de antemano ya habían cobrado fuerza e importancia, pues los gremios escolares fueron la base sobre las que se levantó el complicado organismo universitario.

París y Bolonia fueron las dos únicas Universidades originales y espontáneas que nacidas como consecuencia del espléndido movimiento cultural de la segunda mitad del siglo XII sirvieron de arquetipo a las posteriores. La primera proporcionó el modelo de las universidades de maestros y la segunda el de las de estudiantes. Las nuevas imitaron más o menos estos tipos, pero ya pierden su característica esencial: la espontaneidad de su desarrollo y su independencia casi absoluta de otros organismos.

La afición de los europeos al estudio, los libros y la discusión hizo que por todas partes brotasen *studia generalia* pretendiendo imitar los dos centros modelo. El Imperio y el Papado vieron con interés este asombroso crecimiento pensando intervenir para hacer redundar este fenómeno en provecho propio. Con este objeto erigieron por un lado nuevas instituciones a su hechura que pudieran competir con las antiguas y por otro protegieron y concedieron a las ya existentes una serie de privilegios para atraerlas a su influencia. De esta forma Federico II daba en 1224 a la ciudad de Nápoles una carta por la que fundaba un Estudio con el privilegio de monopolio de enseñanza en sus dominios, y los pontífices, siguiendo el ejemplo del emperador, no sólo dieron privilegios a las creadas, sino que fundaron la de Toulouse (1229) en pleno país albigense con objeto de combatir los restos de la herejía, y años más tarde, Inocencio IV (1244-1245) establecía un *studium generale*

en la misma corte pontificia.

Con el tiempo el Imperio se fue apartando gradualmente de la cuestión universitaria dejando al papa el campo libre, arrogándose desde entonces el pontificado el derecho exclusivo de crear nuevos Estudios, pues aunque reyes o municipalidades sigan fundando Universidades por su cuenta, éstas no podían disfrutar de un reconocimiento universal (*ius ubique docendi*) si no eran respaldadas por una bula papal. Ante esta situación, las mismas de París y Bolonia, como ya dijimos, se apresuraron a solicitar, y obtuvieron en 1292 y 1291 respectivamente, sendas cartas pontificias que reconocieron valor ecuménico a las enseñanzas dadas por sus maestros. La universidad se hizo eclesiástica y como una fuerza moral y espiritual cristiana fue un elemento importante de la Iglesia Universal. A mediados del siglo XIII estas instituciones eran las más fuertes y las más originales de las corporaciones medievales y los papas para penetrar en ellas se sirvieron de las órdenes mendicantes, primero, dando libre acceso a los franciscanos y dominicos; después, limitando el número de maestros de cada Orden y, por último, dejándoles actuar sin trabas, de esta forma pudieron ser difundidos por París, Tolosa y Oxford los principios creados por la Iglesia para la conservación de su inmutable doctrina. La organización de estos universales hogares de cultura no estaba sólo planeada para el estudio general, sino también para aquellos que aspiraban a obtener grados al objeto de poder enseñar, como era el de maestro o bachiller en Artes, licenciados y doctores en las facultades superiores de Teología, Leyes y Medicina. La base de la instrucción era la gramática latina, incluida la literatura, todo lo cual se estudiaba sobre un libro de texto manuscrito, por lo general alquilado, explicado por el profesor. Para el grado de bachiller en Artes, necesario para poder pasar a los estudios superiores, se exigía el cursar las siete *Artes liberales* divididas en el *trivium* (lo que hoy llamaríamos sección de letras) y el *cuadrivium* (o sean las ciencias). Después se entraba en las facultades mayores: Leyes (Derecho civil), Decretos (Derecho canónico), Medicina y Teología donde la había. Los estudios no duraban menos de siete años.

El estudiante de esta época era de toda clase, tipo y edad, no fue obligatoria su permanencia en una sola Universidad y como el latín, lo mismo que la cultura, era internacional, podía ir de una a otra. No todos los escolares fueron rectos, asiduos y tranquilos, peleando frecuentemente dentro y fuera de la Universidad con los de otra nacionalidad o con los mismos ciudadanos. También jugaban y bebían dilapidando el tiempo, pero la calamidad más usual del estudiante medieval fue la pobreza, formándose poco a poco una serie de fundaciones y colegios que sirvieron de alojamiento a los estudiantes pobres. Tipo de éstos fue el de la *Sorbona* de París, fundado por Roberto de Sorbonne. En la de Bolonia y las que la tomaron por modelo, el rector era un estudiante elegido por sus colegas; en la de París la

dirección correspondió a los maestros, si bien admitió una intervención de los discípulos.

El pensamiento medieval y el método escolástico.

El siglo XIII marca una nueva etapa en el pensamiento y en la filosofía, caracterizada por el incitante helénico. En los primeros siglos medievales la ciencia y la cultura corrieron a cargo de la Iglesia. La filosofía de esta época, en sentido estricto, nace, después de la barbarización de Occidente, de la enseñanza y educación del clero practicadas en las escuelas claustrales, sirviendo, por lo tanto, en sus principios a este fin, siendo enseñanza de escuela (escolástica) sistematizada. *Escolásticos* se llamaron originariamente los maestros de las *siete artes liberales* y los de Teología, y *scholasticus* era el director de estudios en las escuelas catedralicias. De esta manera al iniciarse los *studia generalia*, se aplicó la palabra *Escolástica* a la profesión misma de los estudios científicos y a los estudios teológicos y filosóficos, ciencias por antonomasia de aquel tiempo. Aunque la filosofía medieval no pueda identificarse con la escolástica, ésta fue la filosofía.

La primitiva escolástica se había limitado a los comentarios y cuestiones de las Escuelas sin una verdadera aportación filosófica original. La enseñanza más antigua se había reducido a los escritos lógicos (*Organon*) de Aristóteles conforme a la traducción y comentarios de Boecio, a los manuales del *cuatrivium*, de Marciano Capela, Casiodoro, etc., y a los escritos de los Padres de la Iglesia, especialmente de San Agustín. En el siglo XI todo cambia al entrar Europa en el ámbito de una gran actividad intelectual, viviendo en esta centuria y en la que sigue los precursores de la Escolástica propiamente tal y en el siglo siguiente los que la elevaron a su apogeo después de descubrir el "nuevo" Aristóteles.

Los estudios escolásticos buscaron en la Filosofía, las pruebas o explicaciones del dogma católico y más adelante trataron de explicar en lo posible las verdades reveladas tratando de acomodar a las cuestiones filosóficas y teológicas cristianas alguno de los grandes sistemas filosóficos antiguos como el platonismo y el aristotelismo. El método escolástico, mediante la aplicación de la razón y de la filosofía a las verdades de la revelación aspira a conocer lo mejor posible el contenido de la fe para poder exponer el conjunto de verdades del Cristianismo y poder refutar las objeciones que se susciten contra el contenido de la revelación, por tanto la filosofía escolástica más que descubrir quiere fundar y refutar.

Los grandes temas que preocuparon al mundo medieval fueron el de la creación, unido con el de Dios, el de los universales, que constituyen el tema central del

pensamiento escolástico y el de la razón puesto que si Dios es *logos*, y el hombre también tiene *logos*, la razón será el camino para llegar al conocimiento de Dios.

Entre los principales representantes de las diferentes escuelas tenemos al profesor de París Guillermo de Champeaux (m. 1121) entre los realistas, quien sostiene la unidad de substancia de todos los seres pertenecientes a la misma especie; San Anselmo de Cantorbery (1033-1109), defensor de los principios de Gregorio VII, que inició el método típico de la Escolástica, partiendo del principio de que la razón debe estar de acuerdo con la fe, dando preciso sentido a la sentencia *credo ut intellegam*, creo para luego entender con mi razón lo creído, tomada de su maestro San Agustín, a quien sigue en asuntos filosóficos. Creó también la prueba ontológica de la existencia de Dios, con lo cual su figura adquirió grandes proporciones en la Historia de la Filosofía. La doctrina nominalista nace por esta época con Roscelino de Compiègne que amenazaba hacer de la Trinidad una terna de tres dioses, por lo que fue combatida por San Anselmo y condenada por el sínodo de Soissons (1092). Su discípulo, el desgraciado Pedro Abelardo (1079-1142), pertenece al dialectismo y en su notable obra titulada *Sic et non* discute sentencias de la Escritura aparentemente contradictorias y trata de armonizarlas. Fue también el que distinguió los tres momentos de los universales: *ante rem*, universales ante las cosas; *in re*, en las cosas, y *post rem*, después de las cosas.

Frente a las innovaciones de Abelardo y a las tendencias nominalistas, la Escuela agustina de San Víctor enseñó una doctrina de carácter más conservador basada en San Agustín. A ésta pertenecen los pretomistas San Bernardo de Claraval, la personalidad más robusta y piadosa del siglo XII y Hugo y Ricardo de San Víctor, el primero de los cuales introdujo la doctrina sobre la Iglesia en el cuerpo de doctrina de la Teología. El método escolástico de la contraposición y conciliación de autoridades (*sic et non*) encontró a partir de mediados del siglo XII su expresión más importante en los libros de Sentencias (*libri sententiarum*) precursores de las grandes *Sumas*. Aunque ya este sistema se había realizado por otros, el que lo hizo con más éxito fue el obispo de París, Pedro Lombardo, que escribió los *Cuatro libros* de Sentencias en los que da un resumen de toda la Teología, compila la tradición patristica y llega a la conciliación de las oposiciones aparentes. Esta obra se convirtió en libro oficial de la enseñanza, siendo durante siglos la base de las explicaciones teológicas.

Al finalizar el siglo XII el impulso que toma la filosofía escolástica está relacionado con la traducción de multitud de escritos árabes, a su vez traducción, muchos de ellos, de obras griegas, hechas en la *Escuela de traductores* de Toledo. En esta ciudad, donde por el contacto del Cristianismo con el Islam, estaba el terreno bien

preparado, se realizó una labor transmisora traduciendo al latín las principales obras de los sabios griegos y en particular las principales de Aristóteles, comentarios árabes del mismo, escritos musulmanes originales como los del médico Avicena y de su discípulo Algazel, los de Averroes (1126-1198) sobre todo y los de los judíos Avicebrón y Maimónides. Estas versiones trajeron de golpe un nuevo mundo de ideas en los centros culturales europeos no exentas de peligros. Fue difícil armonizar los conocimientos cristianos y los nuevos principios filosóficos, ya que el conocimiento más completo de Aristóteles descubría un sistema acabado de Filosofía que fascinaba a las inteligencias y la traducción de las obras de Averroes daba a conocer una nueva corriente de ideas que defendían un panteísmo solapado. La Iglesia adoptó en principio, con su conservadurismo, una actitud de rechazo frente al aristotelismo renovado, después, surgió el intento de establecer una concordia entre Aristóteles y la Teología tradicional (*Agustinismo*), por el camino de la tendencia conservadora agustiniana, que sigue la orden franciscana y encuentra su expresión en las obras teológicas de San Buenaventura (1221-1274), el "doctor seráfico", que escribió con una dialéctica clara y concisa, una gran unción y misticismo, y haciendo, por otro lado, del sistema aristotélico fundamento principal de la Filosofía. Esta tendencia aristotélica moderada destinada a hermanar el mundo pagano y su filosofía, que hablaba de un Dios que no era precisamente el cristiano, con la ideología católica y el mundo medieval, tomó gran vuelo durante todo el siglo XIII y se encuentra representada por los hombres más eminentes de la época: San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino.

El Magno y doctor universal San Alberto (1193 ?-1280), maestro de las Universidades de París y Colonia, conoció y estudió los escritos aristotélicos y demás traducciones árabes sin dejarse alucinar. Aunque menos crítico y constructor que su discípulo Santo Tomás, tuvo el mérito de presentar el primero un conjunto de todos los nuevos elementos (aristotélicos, árabes y judíos) fundiéndolos y acomodándolos a la ciencia y filosofía cristiana.

La gran obra erudita de San Alberto el Magno fue completada por su más ilustre discípulo Santo Tomás de Aquino, una de las figuras más grandes de la Historia medieval. Nacido en el castillo de Roccasecca, cerca de Nápoles (1225), entró en la Orden dominicana en 1243 y estudió en Nápoles, París y Colonia. Ordenado sacerdote (1250), comenzó a poco sus enseñanzas en París en el momento que se quería eliminar del profesorado de la Universidad a las órdenes mendicantes, ganando Santo Tomás la batalla y enseñando durante veintidós años hasta su muerte. Durante su magisterio luchó principalmente contra la escuela averroísta al mismo tiempo que combatía el agustinismo de los franciscanos y sólo lentamente pudo introducirse su filosofía a pesar de la resistencia de sus propios compañeros de la Orden. Cuando murió en 1274, su autoridad ya estaba firmemente cimentada;

en el año 1309 su doctrina fue declarada enseñanza oficial de la Orden y en 1323 tuvo lugar la canonización del *Doctor Angélico*.

Santo Tomás admite inmediatamente la distinción por su objeto y por su método entre la Teología y la Filosofía, aun cuando ambas son de origen divino. Para el *Doctor Angélico*, lo mismo que para Aristóteles, el origen de la Filosofía descansa en la admiración del hombre ante lo que le rodea ansiando el conocerlo. Muchas verdades de orden natural como la existencia y unidad de Dios, la espiritualidad del alma, etc., aunque se encuentran al alcance de la razón, la mayoría de los hombres no tienen la suficiente capacidad para llegar a ellas. La Providencia divina venció este inconveniente dándolas a conocer por medio de la revelación que es fácilmente accesible a todos los hombres y la Filosofía ayudó a demostrar ciertas verdades preliminares de la fe, como la existencia de Dios, a ilustrar mediante analogías sus enseñanzas y a refutar las objeciones opuestas a la fe.

El genio de Aquino con su esfuerzo rompió la barrera que impedía el estudio del aristotelismo a pesar de los prejuicios que existían contra los nuevos escritos y supo utilizarlos y hermanarlos tan bien con la ideología cristiana que llegó a formar sobre ellos un sistema característico en el que desaparecen por completo los peligros que algunos veían.

La ingente obra de Santo Tomás se caracteriza por el orden, las definiciones claras, los ejemplos tangibles y por su profundidad y amplitud de conocimientos. Entre las obras que mejor le caracterizan, tenemos, en primer lugar, las de orden apologético o polémico entre las que sobresale la célebre *Summa contra gentiles*, apología de la fe católica contra los paganos (averroístas) en la que induce filosóficamente al incrédulo a admitir el dogma cristiano. Entre las filosóficas figuran algunos comentarios a Aristóteles y la *Summa philosophica*, pero donde desarrolló su incomparable talento fue en las teológicas: los *Questiones* que responden a las disputas tenidas en las clases; el comentario al *Libro de las Sentencias* de Pedro Lombardo y la *Summa theologiae*, que representa la mejor síntesis hasta entonces conocida de teología cristiana, siendo además el arsenal donde acudieron teólogos y concilios en busca de armas para defender la doctrina ortodoxa.

Con este gran pensador de tan pura prosapia europea la obra de la escolástica quedó completada y rematada y el pensamiento medieval llegó a alcanzar la mayor altura. A partir de entonces franciscanos y dominicos se afianzan definitivamente en los centros universitarios de París y Oxford acreditándose en el mundo científico europeo y aunque la doctrina de Averroes con su aristotelismo integral por un lado y la ciencia positiva representada por Rogerio Bacon amenazasen con nuevos

peligros, la Iglesia tenía ya con el *tomismo*, además de una Teología, una Filosofía eterna.

Las letras y la aparición de las literaturas nacionales.

La enseñanza y las disputas corrientes en las escuelas medievales se tenían en un latín muy separado de la pureza clásica y lleno de neologismos inventados para designar los conceptos entonces en uso. Ya desde los tiempos del Imperio la desintegración del latín vulgar había determinado la diferenciación de los diversos dialectos provinciales, diferencia que se agudizó al romperse la unidad romana por las invasiones germánicas que dieron un nuevo carácter a las reformas culturales en cada una de las antiguas provincias imperiales formándose las lenguas modernas cuya base fue el latín vulgar corrupto. Estas lenguas nuevas se desligaron con el nombre de *romances* o *románicas* (italiano, francés, español, galaicoportugués y retorrumano) para recordar sus orígenes latinos. La primera de las lenguas romances que llegó a su perfección fue el italiano en su dialecto toscano. La francesa, cuya muestra más antigua la tenemos en el *Juramento de Estrasburgo* (842), se subdivide en otras dos: lenguas de *oil*, al Norte, desarrollada en la poesía épica de los cantares de *gesta*, y lenguas de *oc*, en la Provenza y demás regiones del sur de Francia, elaborada por los trovadores que cultivan la poesía lírica.

Rota la unidad latina de Europa, aparecen en el campo cultural diversas literaturas nacionales unidas estrechamente al desenvolvimiento de la lengua del país respectivo. Su génesis puede colocarse en el siglo XI, pero en las escuelas religiosas de este siglo y del siguiente, se produce una literatura latina rica e internacional que, como ya anuncia un cambio de rumbo, habla, por un lado, latín y por otro romance vulgar.

Las primeras obras que tienen un auténtico valor literario son los poemas épicos nacidos de una sociedad feudal exaltadora de los sentimientos caballerescos y de los códigos de la galantería. Los *cantares de gesta* o primitivos poemas épicos franceses son la gran creación de las literaturas nacientes. Su origen es discutido, pero ya aparecen en el siglo XI cantados por rapsodas y juglares al son de su vihuela en los centros de peregrinaciones, castillos y ferias. Los autores de estas narraciones poéticas que ensalzan las hazañas (*gesta*) de héroes y reyes famosos son, por lo general, clérigos que en una labor lenta y pulida, y a veces buscando el verso asonantado de diez sílabas, escriben estas creaciones para ser cantadas por los juglares. Por su asunto se agrupan las *gestas* en ciclos como el nacional o carolingio en el que se hace una historia poética de Carlomagno (*La peregrinación de Carlomagno, La Canción de Rolando*) y el feudal como la gesta de Guillermo de Orange (conde de Tolosa) y la de Garin de Monglane.

Cuando la sociedad medieval evolucionó hacia un mayor refinamiento, siguiendo el ejemplo de la floreciente cultura provenzal, las *gestas* feudales se transforman en poemas caballerescos o *romans* que narran las aventuras y proezas maravillosas de los caballeros para cumplir un voto u obedecer a la dama de sus pensamientos. En esta poesía provenzal, de posible origen pointivino y con influencias árabes andaluzas, latinas y populares, se exalta a la mujer (*domna*) y casi se la diviniza. Al lado de los poemas caballerescos de tema amoroso se formaron otros de tema místico, importados al continente a través de las provincias anglonormandas por los poetas franceses que recogieron en Inglaterra las primitivas narraciones célticas.

Los poemas de tema clásico o *romans antiques* presentan a los héroes de la antigüedad en caballeros franceses. También son características de esta edad las narraciones burlescas y colecciones de cuentos de animales hechas con un espíritu crítico, irónico y pesimista que por lo general encerraban una lección moral. Parecido espíritu reflejan las narraciones cómicas, a veces groseras y cínicas, escritas en octosílabos que se conocen con el nombre de *fabliaux* en las que reviven todas las clases sociales con sus debilidades y ridiculeces. De carácter muy distinto es el famoso *Roman de la Rose*, obra alegórica en la que se nota la influencia de los círculos letrados y el amor cortés provenzal.

La prosa francesa se anuncia con la aparición de los primeros cronistas que hacen a la historia más viva y pintoresca. Godofredo Villehardouin narra la conquista de Constantinopla por los cruzados, y Joinville, amigo de San Luis, traza un colorido retrato de éste aprovechando los recursos de cuando le acompañó a sus Cruzadas.

La literatura alemana en estos siglos medievales ofrece una mezcla de los elementos poéticos primitivos con otros de origen románico que son consecuencia de las influencias del foco cultural francés. Por esta irradiación transrenana se produce en el siglo XII una épica caballerescas alemana diferente de la popular que continúa la tradición de los viejos poemas germánicos. Los juglares repiten los viejos temas, los transforman o los interpolan y Sigfrid, Teodorico y las maravillas de Oriente siguen siendo los temas que satisfacen el gusto popular. En la gran epopeya nacional de *Los Nibelungos*, que narra las hazañas de todos los antepasados de Alemania, se conserva el poema germánico primitivo. El otro gran poema épico popular *Kudrun* exalta la fidelidad y la venganza a través de una serie de aventuras. La épica caballerescas alemana es casi una traducción de la francesa.

La lírica amorosa francesa provenzal creó en Alemania unas canciones amorosas (*Minnesang*), cuyos cultivadores (*Minnesinger*) innovaron a partir del siglo XII una lírica crítico melancólica muy semejante a la trovadoresca. Esta lírica fue obra de

los poetas que vivían a la sombra de la nobleza feudal y las formas y asuntos, amor y sátira personal, fueron semejantes a la trovadoresca francesa.

La literatura céltica en sus diferentes ramas fue más original, aportando muchos elementos fantásticos; la portuguesa, menos estudiada, adopta como instrumento de expresión el galaicoportugués, impregnándose pronto de influencia francesa, naciendo la *trova*, a la que después ellos añaden las *serranilhas*. La española la estudiaremos por separado y la nacional italiana más adelante, pues el latín fue considerado como lengua literaria por excelencia hasta mediados del siglo XIII y sólo entonces comenzaron a aparecer las primeras muestras en dialecto toscano.

Las ciencias.

Ya dijimos que el mundo islámico había asumido la herencia helenística de la antigüedad y la había desenvuelto con mayor amplitud y sentido uniendo a ella valiosos elementos de la cultura india, persa, judía y bizantina. Por España y por Sicilia primero y después por Francia a través de las Cruzadas el mundo oriental fue conocido dilatándose extraordinariamente el horizonte de la cultura occidental, elevándose al mismo tiempo el nivel material de la vida en las capas superiores de la sociedad. El estudio de las ciencias parece que no fue notable durante estos siglos medios; todas ellas, a excepción de la médica, estaban incluidas en la Filosofía. La Medicina, aunque la practicaron algunos monjes y las órdenes hospitalarias, fue por lo general monopolizada por judíos y árabes, enseñándose también en las escuelas de Salerno y Montpellier y a partir del siglo XII en las Universidades (París, Montpellier). Se enseñaba a través de los textos recibidos de la antigüedad, en especial de Hipócrates y Galeno provistos de glosas y comentarios. El estudio de esta ciencia se completaba con el de las Ciencias Naturales, tomando como maestro a Plinio y buscando el conocimiento y aplicación de las hierbas medicinales. Vicente de Beauvais fue llamado el "Plinio medieval", siendo su *Speculum* un compendio enciclopédico del saber de su tiempo.

La gran mente científica de esta época fue el franciscano inglés Rogerio Bacon (1214-1294), profesor de Oxford; hizo los más fructuosos experimentos y observaciones en sus estudios de matemáticas, geografía y astronomía. Estudió la Naturaleza, imaginó máquinas para mover vehículos, demostró que muchas cosas de la alquimia se debían a leyes naturales; practicó experimentos de física (óptica); propuso una reforma del calendario; fue el mejor geógrafo de su tiempo, a pesar de sus conceptos erróneos, y debe ser considerado como el verdadero fundador de la física positiva y experimental. Como el mundo del medievo se inclinaba más a preparar a los hombres para la vida futura que hacia la experimentación, los escritos de Bacon fueron condenados por su Orden.

La química continuaba por obra de los alquimistas en la categoría de ciencia oculta; Arnaldo de Vilanova, médico y alquimista, dejó adelantos notables, como la obtención de los ácidos sulfúrico y muriático; la destilación de la esencia de trementina y la fórmula de medicamentos alcohólicos, producto que sacó del vino. Santo Tomás de Aquino, sin figurar entre los astrólogos y cabalistas, nos dejó también tratados sobre minerales y alquimia que demuestran sus vastos conocimientos.

La inquietud por conocer el mundo que se pisaba dio un gran empuje al desarrollo de la ciencia geográfica llegándose al conocimiento de la Tierra por medios teóricos y prácticos. Las fuentes árabes traducidas (*Almagesto*) permitieron tener un horizonte más amplio y las Cruzadas reavivaron los estudios geográficos que fueron muy cultivados en algunos monasterios, sobre todo en el de Montecasino, al mismo tiempo que viajeros y comerciantes trababan relaciones con el mundo amarillo. El problema de la esfericidad de la Tierra sigue discutiéndose y en la Universidad parisina comienza a defenderse la habitabilidad de la zona tórrida.

La cultura hispánica durante los siglos XI y XII.

El habla de España en los tres primeros siglos de la reconquista no había sido uniforme y cada una de las regiones había manifestado distintas modalidades dialectales, cuyas diferencias se fueron acentuando hasta formar tres grupos : por un lado los dialectos asturiano, gallego y leonés; por otro el navarroaragonés y el catalán-provenzal, y por último, el castellano. Hasta que la corte se trasladó a León, preponderó el asturiano; después, durante los siglos X y primera mitad del XI, el leonés, y a partir de esta última fecha, la hegemonía lingüística la ejerció el castellano, ya que Castilla, en medio de la general decadencia de los reinos vecinos, se levantaba con una gran energía vital para dirigir la gran tarea nacional de reconstrucción y reconquista. No obstante, como lenguaje literario, el castellano aún no alcanzó los honores de lengua escrita, aunque sí los de lengua poética (poemas épicos como el Mío Cid [1140]). Para la lírica la lengua predominante fue la provenzal, traída por los juglares del otro lado del Pirineo, que con su arte entusiasaban a las cortes y a los peregrinos del camino de Santiago. El latín continuó como lengua escrita de la España cristiana, si bien en plena decadencia, alternando con el árabe en los documentos notariales toledanos (siglos XII y XIII) y con el romance en algunos de Castilla la Vieja.

La enseñanza continúa en estos siglos en manos de los clérigos, que la daban en los monasterios y en las iglesias. A fines del siglo x florecían las escuelas catedralicias de Lugo, Salamanca, Astorga, Toledo, León, Segovia y la de Palencia, en donde

estudió Santo Domingo de Guzmán. Fernando I crea una escuela palatina en la que se educan sus hijos y también se tienen noticias de otras laicas más modestas en las que enseñaban seglares, como la de Cañas, en la que estudió Santo Domingo de Silos. En todas éstas, el plan pedagógico era el *trivium*, compuesto por la Gramática, Dialéctica y Retórica, y el *quadrivium*, la Aritmética, Música, Geometría y Astronomía. El estudio de estas siete artes liberales constituía el período de preparación; después venía la Medicina, el Derecho y la Teología, que constituían un estudio superior.

El primer *Estudio general* o Universidad que se funda en España fue el de Palencia (siglo XII), creado por el obispo don Tello de Meneses y aprobado por Alfonso VIII, gracias al apoyo prestado por el arzobispo de Toledo, Ximénez de Rada. A pesar de que a este Estudio acudieron numerosos profesores extranjeros y bastantes escolares, su vida fue efímera y pronto fue trasladado a Valladolid. Alfonso IX, a fines de la misma centuria, crea la famosa Universidad de Salamanca sobre la base de los estudios que se daban en la catedral y poco después Fernando III la confirmó y la dotó de privilegios. En ésta se enseñaba, además de las artes liberales, Leyes y Decretos, Medicina y Cirugía.

Con la reconquista de Toledo (1085) se inicia un cambio cultural de importancia por la intervención de dos corrientes civilizadoras: la francesa y la musulmana. La primera, representada por los cluniacenses, amplía el horizonte intelectual divulgando los cantares de gesta franceses y algunas obras de la baja latinidad, influyendo en nuestra poesía épica, en la novela caballeresca y hasta en la substitución de la letra visigoda por la francesa. La otra corriente es consecuencia del factor musulmán y tuvo su expresión en la llamada escuela de traductores de Toledo, transmisora de la ciencia helénica a Occidente.

En esta ciudad del Tajo, redoma que guardaba el extracto de la cultura musulmana de origen helenístico, nació la escuela de traductores adquiriendo una fama universal bajo la dirección y protección de un mecenas francés, el arzobispo don Raimundo (1130-1150). Allí acudieron sabios judíos y musulmanes y algunos extranjeros que llevaron a cabo una serie de traducciones al latín de las obras de los filósofos y hombres de ciencia griegos, árabes y judíos, abriendo muchos horizontes a la cultura occidental, que a partir de este momento, tuvo pleno conocimiento de la ciencia de la antigüedad, por las obras originales griegas o por los comentarios de los autores árabes. Se tradujeron en primer lugar obras de medicina, de matemáticas y de astronomía y después las de filosofía. Entre la pléyade de traductores se inmortalizó el arcediano de Segovia, Domingo Gundisalvo, que redactó en latín elegante la traducción vulgar hecha por el judío converso Juan *Hispalense*. Entre las numerosísimas obras de todas clases que dieron a conocer,

figuran la *Física* de Aristóteles, la *Fuente de la vida* de Avicbrón y otras obras filosóficas de Avicena, Alfarabí y Agazel. Gundisalvo compuso, además, obras originales influenciado por la filosofía semita y por las teorías helénicas que ésta transmitía, alguna de ellas tienen gran interés en la historia de la filosofía como el tratado *De immortalitate animae* y el *De divisione philosophie*, que es un ensayo de clasificación general de las ciencias y en el que muestra conocer las obras de San Isidoro y de Boecio.

La fama que alcanzó Toledo fue muy grande, y allí acudieron el inglés Daniel de Morlay (1157-1199) para traducir obras matemáticas, el italiano Gerardo de Cremona, que tradujo más de setenta libros, y entre ellos, la Geometría de Euclides, el Almagesto de Ptolomeo, el Canon de Avicena y algunas obras de Galeno; el inglés Roberto de Rétines, que auxiliado por Hermán el Dálmata o el Alemán, tradujeron el Corán por encargo del abad de Cluny, y otros muchos como Roberto Cataneo, Rodolfo de Brujas y Adelardo de Bath que hicieron estudios astronómicos y matemáticos.

Esta labor, iniciada por el arzobispo don Raimundo, continuó durante el siglo XIII (Miguel Scoto) dándola nuevo impulso Alfonso el Sabio. Este movimiento cultural tuvo una enorme trascendencia, pues la ciencia musulmana y la griega recogida por los árabes, fue transmitida al centro de Europa a través del puente toledano, influyendo hasta en la Escolástica.

Durante el siglo XII aparecen una serie de cronicones y anales escritos de una forma breve y concisa. El obispo don Pelayo de Oviedo escribió una crónica que abarca desde el año 986 al 1109 y un monje de Silos compuso el cronicón llamado *Silense*. De esta centuria es también la *Gesta Roderici Campidocti*, la *Historia Compostelana*, la *Chronica Adephonsis Imperatoris* y una buena cantidad de anales y cronicones anónimos (Anales castellanos, complutenses, compostelanos, toledanos, etc.).

Ya apuntamos cómo el romance castellano había hecho grandes progresos en su evolución al llegar al siglo XI. Ahora en esta centuria poseemos el monumento más antiguo de la épica castellana que ha llegado hasta nosotros, éste es el cantar del *Mío Cid*, escrito por un juglar anónimo de la región de Medinaceli en el segundo tercio del siglo XII. Es una obra hermosa por el candor, el sentimiento y el realismo que en ella brillan y es de un gran interés literario y de un enorme valor histórico como descripción de la sociedad que fue su contemporánea.

Al mismo tiempo que en Castilla, la poesía galaicoportuguesa tiene su primer monumento culminante en el siglo XII, en el que se notan influencias provenzales

producidas como consecuencia del contacto con la civilización francesa a través de las peregrinaciones a Santiago y de la corte borgoñona establecida en tierra lusitana. Esta poesía, que comenzó a fulgurar con los trovadores de la corte de Raimundo de Borgoña, la encontramos representada en esta primera fase por poetas contenidos en el *Cancionero de Ajuda*.

La cultura de los Estados pirenaicos durante la Alta Edad Media es también eminentemente religiosa y eclesiástica. En Navarra la Iglesia conservó la tradición cultural visigoda y sus monasterios tuvieron ricas bibliotecas (como los de San Zacarías, Albelda y San Millán). En el de San Martín de Albelda, su abad Salvio (siglo X) compuso un libro dedicado a las sagradas vírgenes, oraciones, himnos y Misa que actualmente se conservan en la liturgia mozárabe. También en este célebre monasterio, escuela de calígrafos durante los siglos X y XI, se destacó el monje Vigila, ordenador, copista y miniaturador del inapreciable "Codex" llamado "Albeldense" o "Vigilanus" (976), que contiene, entre otras cosas, un gran número de concilios, epístolas y decretos y una crónica que abarca hasta el año 883. Actualmente se guarda en la biblioteca de El Escorial. El maravilloso códice del *Liber Ordinum* también fue hecho en Albelda (1052) por el abad del cercano monasterio de San Prudencio, Bartolomé. Hoy se conserva en el monasterio de Silos. En el siglo XI y comienzos del siguiente vivieron el gramático Felipe de Huesca y el judío converso Pedro Alfonso, que escribió la *Disciplina Clericalis* y una obra dialogada en defensa de la fe cristiana.

En Cataluña con el siglo x renace el culto de las letras, distinguiéndose los obispos Gotmaro de Gerona, que escribió en árabe una crónica acerca de los reyes francos (939), y Ato de Vich, que formó una escuela de matemáticas; probablemente fue discípulo de este prelado el monje Gerberto, que después sería papa con el nombre de Silvestre II, el cual había venido a completar su educación en las escuelas catalanas y cordobesas. El "scriptorium" del monasterio de Ripoll fue también un gran foco cultural y de él salieron una copia del libro *Sententiarum* de San Isidoro (911) y una colección de "Decretales" hecha por el monje Juan (957). Su biblioteca siguió enriqueciéndose, pero las expediciones de Almanzor detuvieron este desarrollo hasta que tuvo lugar un nuevo florecimiento iniciado en el siglo XI por el abad Oliva, del cual se conserva el *Carmen in laude monasterii Rivipullensis* (1032). Con éste y con sus sucesores, la escuela de Ripoll conoció su mayor apogeo comparable al esplendor alcanzado por la de Toledo. También sobresalieron las escuelas de Urgel y Barcelona, en las que destacaron el famoso Ponce Bonfill (1020) y el maestro Renallo.

Los trovadores catalanes se formaron en la escuela floreciente de Provenza y cantaron en lengua provenzal; entre los más destacados figuran Berenguer de Palol,

Guillermo de Bergadá y Hugo de Mataplana, mecenas de literatos y artistas, que organizaba en su castillo certámenes de trovadores en los que actuaba como juez. También se escribieron pequeños poemas en lengua latina, dedicados a la memoria de varios condes que aparecen en un código del siglo XII de la iglesia de Roda.

BIBLIOGRAFÍA

R. Grousset: *Histoire des Croisades et du royaume latin de Jerusalem*, 3 vols., París, 1933-1945. - El mismo hizo dos resúmenes: *La epopeya de las Cruzadas*, versión española, Barcelona, 1944, y *Les Croisades*, París, 1948. (Hay versión española, Barcelona, 1948.) - L. Brehier: *L'Église et l'Orient au Moyen Âge. Les Croisades*, 5.^a ed., París, 1928. - Funk-Brentano: *Les Croisades*, París, 1948. - Steven Runciman: *A History of the Crusades*, 3 vols., Cambridge, 1954. (Hay versión española.) - N. Iorga: *Breve histoire des Croisades at de leur fondation en Terre Sainte*, París, 1924. - A. S. Atiya: *The Crusade in the Later Middle Ages*, Londres, 1938. - Cl. Cahen: *Le Syrie e/u Nord a l'époque des croisades*, París, 1940. - P. Alphanbéry: *Le chretienté et l'idée de Croisade*, París, 1954. - H. Lamb: *Historia de las Cruzadas*, 2 vols., Buenos Aires, 1945. - H. Belloc: *Las Cruzadas*, Buenos Aires, 1944. J. Richard: *Le royaume latin de Jérusalem*, París, 1953. - La Monte: *Feudal monarchy in the latin Kingdom of Jerusalem*, Cambridge, 1932. - M. Villey: *La croisade. Essai sur la formation d'une théorie juridique*, París, 1942. P. Grounet: *Les origines et les caracteres de la premiere croisade*, Neuchatel, 1945. - P. Rousset, M. Villey, P. Lemerla, A. Cahen y S. Runciman: *L'idée de Croisade*, "X Congreso Internacional de Ciencias Históricas", vol. 111 (Relazioni), Florencia, 1955. - C. Erdmann: *Die Entstehung des Kreuzzugsgedankens*, Stuttgart, 1935. - H. Habashy: *La premiere Croisade*, El Cairo, 1947. - J. Donovan: *Pelagius and the first crusade*, Filadelfia, 1950. - J. Richard: *Le papauté et les missions catholiques en Orient au Moyen Âge*, 1941- 1946. - L. Bréhier: *L'Église et l'Orient au Moyen Âge. Les Croisades*, París, 1928. - Hoffmann: *Die Personlichkeit des Sultans Saladin im Urteil der abendliindischen Quellen*, Berlín, 1933. - Laudon: *The itinerary of King Richard I with studies*, Londres, 1935. - A. Luchaire: *Innocent III*, 6 vols., París, 1904-1908. - Paré, Brunet y Tremblay: *La Renaissance du XII^e siecle. Les écoles et l'enseignement*, París, 1933. - Bühler: *Vida y cultura en la Edad Media*, México, 1954. - Haskins Rasdall: *The Universities of Europe in the Middle Ages*, 3 vols., Oxford, 1936. - St. D'Irsay: *Histoire des Universités françaises et étrangères*, 2 vols., París, 1933-1935. - Moulin-Eckart: *Geschichte der deutschen Universitiitem*, 1930. - R. Aigrain: *Histoire des Universités*, París, 1949. - V. La Fuente: *Historia de las Universidades y demás establecimientos de enseñanza en España*, 4 vols., Madrid, 1884-1889. - S. StellingMichaud: *L'histoire des Universités au Mogen Âge et a la Renaissance*, Estocolmo- Upsala, 1960. - G. Ajo y J. M. Sáinz de Zúñiga: *Historia de las Universidades hispánicas*, vol. I. Medioevo

y *Renacimiento*, Ávila-Madrid, 1957. - L. Halphen: *Les Universités au XIII siècle* y *Les orígenes de l'Université de París*, París, 1960. - Monneret de Villarol: *Lo studio del Islam in Europa nel XII e nel XIII seeolo*, Vaticano, 1944. - Gilson: *Le philosophie au Moyen Âge*, 12 vols., París, 1922. - Ph. Delhaye: *L'organisation scolaire au XII sieele*, 1947. -J. Le Goff: *Los intelectuales de la Edad Media*, Buenos Aires, 1965.-C. Cahen: *The Turkish invasion: The Selehukids*.-R. A. Newhall: *The CnI.sades*, Nueva York, 1966. - P. Alphandéry: *La Cristiandad y el concepto de Cruzada*, 2 vols., México, 1959-62. - K. M. Setton: *A History of the Crusades*, 2 vols., Filadelfia, 1957-61. - E. Perroy: *Les Croisades et l'Orient latín {1095 a 1204}*, París, 1967.-A. S. Atiya: *Crusade, comerce and culture*, Bloomington, 1962. - S. Runciman: *Historia de las Cruzadas*, 3 tomos, Madrid, 1956-58. - E. Benito Ruano: *España y las Cruzadas*, Buenos Aires, 1951-1952.-J. Prawer: *Histoire du royaume latín de Jérusalem*, París, 1969. - P. H. Dupuy de Clinchamps: *La Chevalerie*, París, 1966. - A. Ollivier: *Les Templiers*, Brujas, 1967. - F. Gutton: *L'Ordre de Calatrava. La chevalerie militaire en Espagne*, París, 1955. - R. Doehoerd: *Le Haut Moyen Âge occidental*, París, 1971. A. Luchaire: *La Croissade des Albigeois (Innocent III, T. II); Histoire générale du Languedoc* Ed. Edouard Privat, Toulouse).-SCHMIDT: *Histoire et doctrine de la secta des cathares* (2 vols., París, 1849).-STEVEN RUNCIMAN: *The medieval mamchee, o study of the Christian dualist heresy* (Cambridge U. Press, 1947).-GUIRAU: *Histoire de l'Inquisition*.- VACANDARD: *L'Inquisition*.- PIERRE BELPERRON: *La Croisade contre les Albigeoi.s et l'union du Languedoc a la France* (París, 1942). No existen apenas obras en castellano. Recomendamos: L. BRÉHIER: *L'Eglise et l'Orient au moyen age* (1928).- R. GROUSSET: *Histoire des Croisades* (3 vols., 1934-1936).-MICHAUD: *Histoire des Croisades* (un poco anticuada). PAUL ALPHANDERY: *La chrétienté et l'idée de croisade. Les premieres Croisades* (París, 1954, Collection de «L'évolution de l'humanité».-MICHEL VILLEY: *La Croisade. Essai sur la formation d'une théorie juridique* (París, 1942. GASTON DODU: *Histoire des institutions monarchiques dans le Royaume latin de Jérusalem*.

